

*A la memoria de  
Fernando Benítez (1910-2000)*

Seix Barral Biblioteca Breve



**Carlos Fuentes**  
**Los cinco soles de México**

*Memoria de un milenio*

SBD-FFLCH-USP



226850

F2682i

Primera edición: abril 2000  
Segunda edición: mayo 2000

© 2000, Carlos Fuentes

Derechos exclusivos de edición  
en castellano reservados para  
España y América Latina:  
© 2000: Editorial Seix Barral, S. A.  
Provenza, 260 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-322-1063-3  
Depósito legal: B. 24.153 - 2000  
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido  
el diseño de la cubierta, puede ser  
reproducida, almacenada o transmitida en  
ninguna forma ni por ningún medio, ya sea  
electrónico, químico, mecánico, óptico, de  
grabación o de fotocopia, sin permiso  
previo del editor.

DEDALUS - Acervo - FELCH-LE



21300124370

### Prefacio

## LOS CINCO SOLES DE MÉXICO

Recientemente, un periodista nos preguntó a un grupo de mexicanos: «¿Cuándo empezó México?»

Un tanto perplejo, consulté mi respuesta con un amigo argentino, toda vez que la Argentina es, en América Latina, el polo opuesto de México, tanto geográfica como culturalmente.

Mi amigo, el novelista Martín Caparrós, me contestó primero con un famoso chiste:

«Los mexicanos descienden de los aztecas. Los argentinos descendimos de los barcos.»

Y es cierto: el carácter migratorio reciente de la Argentina contrasta con el perfil antiquísimo de México.

Pero Caparrós me dijo algo más:  
«La verdadera diferencia es que la Argentina tiene un comienzo, pero México tiene un origen.»

Se puede decir con cierta facilidad cuándo comenzó algo. Es mucho más difícil entender cuándo se originó algo.

Yo quisiera poseer la convicción, o la clarividencia, necesarias para definir el origen de México, para ponerle fecha precisa a mi país, pero siempre me encuentro con numerosas dudas que se me vuelven preguntas: ¿Empezó «México» cuando creció en su suelo la primera planta de maíz?

¿O aquella noche en que los dioses se reunieron en Teotihuacán y decidieron crear al mundo?

¿Comenzamos con la agricultura, o con el mito?

¿Con el hambre de la palabra, o con la palabra del hombre?

¿Quién dijo, en México, la primera palabra?

¿Hubo siquiera una primera palabra, o bastó escuchar el rumor desarticulado, el ladrido del perro, el trino del ave, la oración del sacerdote, para convocar un mundo?

Y algo más: ¿Nació México aislado singularmente, o somos, desde un principio, origen y destino de vastas migraciones, hermanados con el resto del mundo por los pies de muchos caminantes?

Hay diversos orígenes posibles para una tierra tan vasta, tan antigua, y tan misteriosa como la nuestra, y todavía tan poco explorada hacia el pasado y hacia el porvenir: mi visión de México está siempre capturada entre el enigma de la aurora y el acertijo del crepúsculo y, en verdad, no se cuál es cuál, pues, ¿no contiene cada noche el día que la precedió, y cada mañana la memoria de la noche que le dio origen?

Permitáname entonces imaginar que, al principio, no había nada. Entonces, de noche, en la oscuridad, los dioses se reunieron en Teotihuacán y crearon a la humanidad.

Que haya luz —exclama el *Popol Vuh*—, que ilumine la aurora los cielos y la tierra. No habrá gloria para los dioses hasta que la criatura humana exista.

Cuentan las memorias vivas de Yucatán que el mundo fue creado por dos dioses, el uno llamado Corazón de los Cielos y el otro Corazón de la Tierra.

Al encontrarse, la Tierra y el Cielo fertilizaron todas las cosas al nombrarlas.

Nombraron la tierra, y la tierra fue hecha.

La creación, a medida que fue nombrada, se disolvió y multiplicó.

Nombradas, las montañas se disiparon desde el fondo del mar.

Nombrados, se formaron mágicos valles, nubes y árboles.

Los dioses se llenaron de alegría cuando dividieron las aguas y dieron nacimiento a los animales.

Pero nada de esto poseía lo mismo que lo había creado, es decir, la palabra.

Bruma, tierra, pino y agua, mudos.

Entonces los dioses decidieron crear los únicos seres capaces de hablar y nombrar a todas las cosas creadas por las palabras de los dioses.

Y así nacieron los hombres, con el propósito de mantener día con día la creación divina mediante lo mismo que dio origen a la tierra, el cielo y cuanto en ellos se halla: la palabra.

El ser humano y la palabra se convirtieron en la gloria de los dioses. Sin embargo, no hay mito de la creación que no contenga la advertencia de la destrucción.

Esto es así porque la creación ocurre en el tiempo: paga su existencia con cuotas de tiempo. Los antiguos mexicanos inscribieron el tiempo del hombre y su palabra en una sucesión de soles: cinco soles.

El primero fue el Sol de Agua y pereció ahogado.

El segundo se llamó Sol de Tierra, y lo devoró, como una bestia feroz, una larga noche sin luz.

El tercero se llamó Sol de Fuego, y fue destruido por una lluvia de llamas.

El cuarto fue el Sol de Viento y se lo llevó un huracán.

El Quinto Sol es el nuestro, bajo él vivimos, pero también él desaparecerá un día, devorado, como por el agua, como por la tierra, como por el fuego, como por el viento, por otro temible elemento: el movimiento.

El Quinto Sol, el sol final, contenía esta terrible advertencia: El movimiento nos matará.

¿Cómo no ver en estas profecías de la antigua creación mexicana un espejo para nuestro propio tiempo, para nuestra empecinada divergencia entre la promesa de la vida y la certeza de la muerte, entre la adelantada conciencia humanista, científica, verbalizable, ética, y la fatal inconciencia política de la destrucción, el silencio y la muerte? La creación, gozo de la vida, nace así acompañada siempre de la destrucción, anuncio de la muerte. Nosotros los seres llamados «modernos» —¿y cómo nos llamará a nosotros el porvenir?— disimulamos y nos hacemos sordos ante esta advertencia. Pero los pueblos del origen saben que creación y catástrofe van siempre juntas.

Saben, como el Edipo de Hölderlin, que en el origen de la historia está el temor de ser devorado por la naturaleza y el tiempo, pero también el temor de ser expulsado de la naturaleza y el tiempo.

Sofocados por el abrazo de los padres.

O exiliados del propio hogar, declarados huérfanos, sin techo.

Yeo en este sentimiento el origen de la vida mexicana, común a todas las culturas, pero singularmente vigente en la nuestra. Pero desde el origen, surge la pregunta política: ¿quién ejerce el poder en nombre de los hombres?

Esta proximidad de la creación y la muerte, del tiempo original y del apocalipsis histórico, otorga un inmenso poder a quienes, como dice un poema maya, «poseen el poder de contar los días». Pues sólo ellos, añade el poema, «tienen el derecho de hablarle a los dioses». Los hombres que asumen el poder —príncipes, sacerdotes, guerreros, escribas— lo usan para asegurarle al pueblo que el tiempo durará, que el caos natural —fuego, tierra, agua, viento— no nos aniquilará otra vez...

La población rural del México antiguo, para conciliar la creación y el tiempo, trató de explotar poco y bien la riqueza de la selva y la fragilidad del llano.

Pero cuando las castas gobernantes pusieron la grandeza del poder por encima de la grandeza de la vida, la tierra no bastó para sostener, tanto y tan rápidamente, las exigencias de reyes, sacerdotes, guerreros y funcionarios.

Vinieron, en el antiguo imperio maya, las guerras, el abandono de las tierras, la fuga a las ciudades primero, y de las ciudades después.

La tierra ya no pudo mantener el poder.

Cayó el poder.

Permaneció la tierra.

Permanecieron los hombres y las mujeres sin más poder que el de la tierra.

Mítrémonos en estos espejos de la antigüedad mexicana.

Estemos atentos, ayer y hoy, al momento en que el cristal se empaña y deja de reflejar la vida; el momento en que el espejo se rompe y anuncia los años de la mala suerte que al cabo cayó sobre el mundo indígena de México.

El dios más celebrado de las antiguas cosmogonías mexicanas fue Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, dios creador de la agricultura, la educación, la poesía, las artes y los oficios.

Envidiosos de él, los demonios menores, encabezados por el dios de la noche Tezcatlipoca, cuyo nombre significa «espejo de humo», se dirigieron al palacio de Quetzalcóatl para ofrecerle un regalo envuelto en algodones.

¿Qué es?, se preguntó el dios bienhechor.

Era un espejo.

Cuando Quetzalcóatl lo desarrolló, vio su rostro reflejado por primera vez.

Siendo un dios, creía que no tenía rostro. Era eterno.

Ahora, al descubrir sus facciones humanas en el reflejo del cristal, temió tener, también, un destino humano; es decir, histórico; es decir, pasajero, mortal. Esa noche, se emborrachó y cometió incesto con su hermana.

Al día siguiente, abandonó México en una balsa de serpientes y partió rumbo al levante, prometiendo regresar un día a ver si los hombres y las mujeres habían cumplido la obligación de cuidar la tierra.

Prometió regresar en una fecha precisa durante el período del Quinto Sol: el año Ce Acatl, que significa Uno Caña y que, en los calendarios europeos, correspondía al año 1519 de la Era Cristiana.

Es el año preciso —el día de pascua de 1519— en que el capitán español Hernán Cortés, al frente de 508 hombres, 16 caballos y 11 navíos, desembarcó en la costa de Veracruz y emprendió la conquista del mayor reino indígena de la América del Norte: el imperio azteca gobernado por Moctezuma desde la ciudad más poblada —ayer y hoy— del hemisferio occidental, México-Tenochtitlán.

Fundada por un pueblo de inmigrantes en un lago donde encontraron un águila devorando una serpiente, la ciudad de los aztecas se apropió la promesa cultural de Quetzalcóatl —la vida como creación y paz— pero la alió a la exigencia del dios de la guerra, Huitzilopochtli, y ésta era una demanda de expansión territorial, sumisión de los pueblos más débiles, exacciones, tributos y el terror del sacrificio humano.

Toda nación, advierte Isaiah Berlin, nace como respuesta a una herida infligida a la sociedad.

Es una respuesta en busca de una adhesión, de una identidad: Familia, tribu, casta, clan, nación.

Si nacer es posiblemente una herida para el ser que abandona el seno materno, pronto la cicatriza el hecho mismo de estar vivo, en el mundo.

Morir tan terriblemente como murió el universo de los aztecas, es una herida que difícilmente cicatriza pero que nos obligó a los mexicanos a construir algo nuevo, algo distinto y sin embargo algo fiel a nosotros mismos, con la sangre que mana de la gran lanzada española contra el cuerpo de la nación mexicana.

Moctezuma, el Gran Tlatoani de México, es decir el Señor de la Gran Voz, el Dueño Absoluto de la Palabra, es despojado de sus atributos por la alianza de un europeo renacentista, un Maquiavelo *avant la lettre*, Hernán Cortés, y una mujer que le da la lengua indígena a los conquistadores y la lengua española a los conquistados: Marina, *La Malinche*, princesa esclava, traductora, amante de Cortés y madre, simbólicamente, del primer mestizo mexicano, el primer niño de sangre india y europea. Moctezuma duda entre someterse a la fatalidad de lo que ocurre —el regreso de Quetzalcóatl, en el día previsto por las profecías— o combatir a estos seres blancos y barbados, montados sobre monstruos de cuatro patas y armados de fuego y trueno. La duda de Moctezuma le cuesta la vida: ya no es dueño ni del tiempo ni de las palabras. Su propio pueblo lo lapida.

Quauhitémoc, el último emperador, combate por la supervivencia de la nación azteca como centro de identificación y de adhesión de los pueblos mexicanos.

Es demasiado tarde.

Cortés, el político maquiavélico, ha descubierto la debilidad secreta del imperio azteca: los pueblos sometidos a Moctezuma lo detestan y se unen a los españoles contra el despota centralista. Pierden la tiranía azteca, pero ganan la tiranía española.

Ganan, sin embargo, algo más. La sangre de la Conquistadora mana hacia un país nuevo, indio y europeo, pero no sólo español, sino, a través de España, mediterráneo, griego y romano, árabe y judío. La profecía se cumplió: el Quinto Sol fue matado por el movimiento, el mito por la épica, el aislamiento por el trasiego de culturas.

El primer México, aislado entre sus montañas, separado por el océano, fiel a los mitos de sus antepasados, se abrirá al movimiento épico de un universo en expansión, mundo de descubrimientos y migraciones, de mercantilismo y colonización.

Súbitamente, las tradiciones que conforman a México se multiplican y diversifican. Dejamos de ser centro de exclusiones para convertirnos en centro de inclusiones.

El Quinto Sol se apagó en medio de la pólvora y el fuego.

Cayó la nación azteca.

Pero el nuevo sol, naciente, inacabado, aparece inmediatamente en el horizonte por donde regresó Quetzalcóatl.

Viejos centros de adhesión e identificación desaparecen, nuevas alianzas e identidades se establecen para construir eso que llamamos «México».

Entre el 27 de agosto y el 2 de septiembre de 1520, en el palacio real de Bruselas, Alberto Dureró fue el primer artista europeo en ver los objetos del arte azteca enviados por el conquistador Cortés al emperador Carlos V. «He visto las cosas enviadas al rey desde la nueva tierra del sol — escribe Dureró—. En todos los días de mi vida, no he visto nada que regocije mi corazón tanto como estas cosas, pues en ellas ví obras de arte, que me hicieron asombrarme ante el sutil ingenio de los pueblos de esas tierras extrañas.»

De un golpe, Dureró universaliza el arte de los antiguos mexicanos, lo hace fraternal del suyo en Europa.

Pero va más allá. Ve su significado profundo, no sólo su belleza formal. Lo ve como signos creadores del tiempo: Dureró copia los símbolos de la luna y el sol para encabezar el capítulo de un libro titulado «Cómo se demuestra el tiempo».

Sin saberlo anecdóticamente, pero entendiéndolo mediante la simpatía artística, Flandes le devolvió a México el regalo de un tiempo humano compartido.

La mirada privilegiada de Dureró explica inmediatamente una de las consecuencias fundamentales de la Conquista: México sale del aislamiento, descubre y es descubierto por el mundo.

Y aunque, repetidamente, nuestra nostalgia materna nos lleve a darle la espalda al mundo, nuestra maldición paterna —si lo es— nos fuer-

za a mirar el mundo, estar en él, ver al otro y saber que nosotros mismos somos el otro del otro.

El Quinto Sol, tal fue la profecía, fue destruido por el movimiento.

El Sexto Sol —sol sexual, plexo solar— es el sol que se mueve y nos acompaña para crear esa movilidad de lo eterno que es el tiempo humano, la historia.

La mirada de Durero en Flandes nos anuncia, también, que ha empezado un nuevo tiempo para México.

No sólo el tiempo de la Conquista, sino el de la Contraconquista.

Pues por cada pica española puesta en suelo de México, hay una pica mexicana puesta en suelo de España.

Quiero decir Conquista, sí, pero también Contraconquista.

Los antiguos dioses son desterrados, sus templos aniquilados, sus sacrificios prohibidos.

Pero el cristianismo se impone doblemente, con fuerza genética, paterna y materna.

Por vía del Padre, porque la figura de Cristo crucificado asombra y subyuga a los indios: el nuevo dios no pide que nos sacrifiquemos por él, él se sacrifica por nosotros.

Por vía de la Madre, porque la sensación de orfandad y abandono que sigue a la Conquista es pronto superada por una operación política y racial asombrosa: la Virgen María, la Madre de Dios, se aparece ante el más humilde campesino indígena y le ofrece rosas en invierno. Es una virgen morena, tiene un nombre árabe, se convierte en la madre pura del mexicano nuevo: Santa María de Guadalupe.

El arte del barroco, que en la Europa de la Reforma y la Contrarreforma sirve de refugio a las sensualidades prohibidas, en México salva un abismo aún mayor.

El barroco mexicano colma el vacío entre la promesa utópica del Nuevo Mundo imaginado por Europa —la política de Tomás Moro— y la realidad terrible de la colonización impuesta por Europa —la política de Nicolás Maquiavelo—. Entre Moro y Maquiavelo, Erasmo de Rotterdam abre el campo del humanismo, la serena locura donde todo es rela-

tivo, tanto la fe como la razón. No hay influencia intelectual moderna más grande en el mundo hispánico que la del sabio de Rotterdam.

El barroco, asimismo, abre un espacio donde el pueblo conquistado puede enmascarar su antigua fe y manifestarla en la forma y el color, ambos abundantes, de un altar de ángeles morenos y diablos blancos.

Pero hay un nuevo pueblo, mestizo y criollo, descendiente de México y de España, que se pregunta:

¿Cuál es nuestro sitio en el mundo?

¿A quién le debemos lealtad?

¿A nuestros padres españoles?

¿A nuestras madres aztecas y mayas?

¿A quién debemos rezarle ahora: a los antiguos dioses, o a los nuevos?

¿Qué lengua debemos hablar ahora, la de los conquistados o la de los conquistadores?

El barroco mexicano abre un espacio para todas estas preguntas.

Pues nada expresa estas ambigüedades mejor que un arte de la paradoja, el barroco, nombre de una perla —es decir, de una irritación exasperada—, arte de la abundancia pero nacido de la necesidad; arte de la proliferación basada en la inseguridad; arte opulento pero nacido de la miseria: Tonantzintla, Santo Domingo en Oaxaca, el Rosario en Puebla, la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz.

El barroco llena rápidamente los vacíos de nuestra historia colectiva e individual después de la Conquista con cuanto encuentra a la mano, plata y polvo, oro y excremento.

Un arte en movimiento perpetuo, semejante a un espejo acelerado en el que vemos el rostro de nuestra identidad en constante transformación.

Un arte que concilia el esplendor del origen mítico, inmutable, y los accidentes del devenir épico.

Es el arte un nuevo sol, Sol sexual del mestizaje, plexo solar de la emoción.

Una nueva genealogía americana creció bajo las cúpulas del barroco. En ella ganaron su voz los silenciosos, y adquirieron un nombre los anónimos: indios, mestizos y negros.

Todos estos hechos nos convierten a los mexicanos en testigos del acto terrible de nuestra propia muerte y resurrección inmediatas.

Tenemos todos ante la mirada del presente el acto que nos gestó. Testigos eternos de nuestra propia creación, los descendientes de españoles e indígenas en México sabemos que la Conquista fue un hecho cruel, sangriento, criminal. Fue un hecho catastrófico. Pero no fue un hecho estéril.

María Zambrano, la gran pensadora andaluza, solía decir que una catástrofe sólo es verdaderamente catastrófica si de ella no se desprende algo que la rescata, algo que la sobrepasa.

Para ello se necesita tiempo. El tiempo necesario para transformar la experiencia en conocimiento y el conocimiento, con suerte, en destino.

No permanecemos en el desastre porque nacimos de él.  
De la catástrofe de la Conquista nacimos todos nosotros, los mexicanos.

Fuimos, inmediatamente, mestizos.

Hablamos, mayoritariamente, español.

Y creyentes o no, nos creamos en la cultura del catolicismo —pero de un catolicismo sincrético incomprensible sin sus máscaras indias. Somos el rostro de un occidental rayado, como dijo el poeta mexicano Ramón López Velarde, de moro y de azteca —y, añadiría yo, de judío y de africano, de romano y de griego.

No permanecemos en el desastre porque nacimos de él.

Y desde el primer momento nos hicimos las preguntas de la identidad.

¿Quiénes somos?

¿Cómo se llama ahora este río?

¿Cómo se llamó antes esa montaña?

¿Quiénes fueron nuestros padres y nuestras madres?

¿Reconocemos a nuestros hermanos?

¿Qué recordamos?

¿Qué deseamos?

Y nos hicimos también las preguntas de la justicia:

¿A quiénes pertenecen legítimamente estas tierras y sus frutos?

¿Por qué tienen tan pocos, tanto, y tantos, tan poco?

Haber formulado estas preguntas desde el siglo XVI, nos convierte a los mexicanos en los más antiguos ciudadanos del siglo XXI.

Porque las preguntas de la fundación del México mestizo son las preguntas de la sociedad contradictoria y migrante de nuestro tiempo, capturada entre la identidad tradicional y la alteridad moderna, entre la aldea local y la aldea global, entre la interdependencia económica y la balcanización política.

México ha vivido con esta, nuestra radical modernidad presente, desde hace quinientos años.

Veán ustedes en lo que digo una aproximación urgente, un deseo de aprovechar lecciones, pero sobre todo un esfuerzo de relación vital entre las culturas del Viejo y el Nuevo Mundos, hoy que ambos, europeos y americanos, compartimos la enorme crisis de nuestra vida urbana y nos debatimos entre la mezquindad de excluir o la generosidad de incluir.

Las respuestas a estas preguntas fueron hechas desde la ciudad barroca como centro político, cultural y comercial de las nuevas naciones —México, Perú, Venezuela, Argentina, Chile— que se fueron gestando bajo la protección tutelar del imperio español y sus tradiciones trasplantadas a América:

El pensamiento de origen griego, árabe y judío. El derecho, la lengua y la religión derivadas de Roma. Una cultura política medieval, escolástica: San Agustín y Santo Tomás de Aquino son los padres fundadores del pensamiento político en México e Iberoamérica.

Pero bajo esta cúpula tutelar española, un mundo nuevo, mestizo, indígena, criollo, se gestó con características culturales propias, con ritmos, voces, colores nuevos: ni europeo ni indígena, rara vez buen salvaje, más a menudo trabajador de la hacienda y de la mina, rígidamente situado dentro de clases sociales y mal que bien protegido por instituciones que querían lograr un equilibrio entre la autoridad y la justicia, entre las expectativas y las desilusiones, entre los viejos y los nuevos dioses, entre la aldea aislada y la lejiana metrópolis imperial, entre las promesas y las injusticias, el latinoamericano de la Colonia convirtió a la ciudad barroca en el centro del Nuevo Mundo mexicano e hispanoamericano, como lo es, con conflictos similares, la ciudad moderna en este

final de nuestro brevísimo siglo XX, que empezó en Sarajevo en 1914 y terminó en Sarajevo en 1994.

Con brazos indígenas y negros, España fundó en las Américas un ro-sario incomparable de ciudades, verdaderas urbes del Nuevo Mundo, de San Francisco en California a Santiago del Nuevo Extremo en Chile, de San Agustín en la Florida a Buenos Aires en el Plata, ciudades fortale-za de las costas y las islas: La Habana, San Juan de Puerto Rico, Cartagena de Indias; serpentinatas ciudades mineras de las montañas: Guanajuato, Tax-co, Potosí; grandes capitales: Lima, México, Quito, Santa Fe de Bogotá. Nadie, nunca, sobre territorio tan vasto, ha construido tanto, con tanta energía y en tan poco tiempo, como España en América. Ciudades con imprentas, universidades, pintores y poetas, un siglo antes de que nada de esto apareciera en Angloamérica —ciudades con injusticia tam-bien: ciudades nacidas bajo los signos de la energía, el contraste y la ima-ginación omni-inclusivas del barroco.

Culturas inclusivas: La fachada de la iglesia de la Soledad, en Oaxa-ca, exhibe ejemplarmente los tres órdenes clásicos, Corintio, Jónico y Dórico, instantánea y simultáneamente, sin hiato temporal o concesión a las etapas del desarrollo. El barroco tiene prisa, es impaciente:

La iglesia de Jolalpan en Puebla, de un solo golpe, cuenta en su por-tada tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento en una sola visión ba-roca, instantánea, sin aliento.

A imagen y semejanza de su arte, una sociedad energética, impacien-te, injusta, ambiciosa, imaginativa, mestiza, criolla, empieza a tener sue-ños y a reclamar derechos.

Más allá del mundo del imperio, el oro y el poder, más acá de las guerras entre religiones y dinastías en Europa, un mundo nuevo acabó por formarse en las Américas, con voces y manos americanas.

Las revoluciones de independencia contra España a partir de 1810 fueron una afirmación de la identidad nacional alcanzada por países como México, Chile, Argentina y Venezuela.

Pero también fueron combates contra las fuerzas centrifugas —las republiquetas, los caudillos— que intentaban balcanizar la ruptura del imperio español ayer, como la ruptura del imperio soviético hoy; la na-ción fue el compromiso entre el imperialismo y el separatismo. Estable-

cer bases de unidad en las antiguas colonias: sólo la identificación de la nación y su cultura podía lograrlo.

La dinámica modernizante de las revoluciones de independencia en cambio, y por desgracia, terminó por excluir el pasado indígena y el pa-sado negro, considerados bárbaros, así como el pasado español, conside-rado oscurantista.

México y la América Latina crearon una fachada legal modernizado-ra, que ocultó un *arriére pays* pobre, retrasado, injusto.

La libertad fue proclamada. La igualdad fue olvidada.

Por un acto de voluntarismo político quisimos convertirnos en de-mocracias instantáneas: Bastaba copiar las leyes de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, para ser, como ellos, naciones viables, sociedades progresistas... Repúblicas Nescapé.

La nación legal ocultó a la nación real.

Y una nueva herida se abrió en nuestro cuerpo:

Perdimos el paternalismo imperial de España, autoritario y lejano con los Habsburgo, intervencionista y demasiado cercano con los Bor-bones.

—~~★~~ Fuimos huérfanos de vuelta.

Cáimos en la anarquía o la dictadura.

México, en las palabras del historiador Enrique González Pedrero, se convirtió en el país de un solo hombre: el general Antonio López de San-ta Anna. —Como Paraguay en el país del Doctor Francia, o Argentina en el país de Juan Manuel de Rosas.

Pero la paradoja del dictador es que, para salvarnos de la anarquía, crea otro caos, éste despótico, autoritario.

México, desorganizado, sin rumbo, se volvió campo de invasiones extranjeras.

Perdimos la mitad del territorio nacional en una guerra injusta ini-ciada por los Estados Unidos de América para cumplir su destino mani-festo.

Pero rechazamos un imperio impuesto desde Francia por Napo-león III con dos figuras desventuradas, el archiduque austriaco Maximi-liano y la princesa belga Carlota Amalia.

Estuvimos a punto de perder la nación independiente.

El presidente liberal Benito Juárez, al derrotar al partido conservador, al imperio de Maximiliano y a la intervención francesa, le devuelve el sentido a la Nación y sienta la bases del Estado. Juárez era un indio zapoteca que sólo aprendió el español a los doce años de edad. Para derrotar a los franceses, se convirtió en un abogado más francés que los franceses.

Pero el Estado liberal, progresista de la República restaurada, no recogió la pluralidad cultural de México, las culturas indígenas, náhuatl, españolas, católicas, sincreticas, barrocas...

El liberalismo del siglo XIX colocó a la ley, y al desarrollo económico, por encima de la cultura.

La experiencia no nos es privativa.

En toda la América Latina, la civilización europea, progresista, legañista y romántica, se debía imponer a la barbarie agraria, indígena, negra, ibérica. Era el mandato de la civilización.

La larga dictadura de Porfirio Díaz, entre 1876 y 1910, quiso darnos progreso sin libertad. Díaz convirtió la república liberal de Juárez en un Estado autoritario, desarrollista, despótico.

→ A los indios y a los campesinos (pero también a la naciente clase obrera) les dio más barbarie: represión y esclavitud.

En cambio, el factor económico de la ecuación liberal fue protegido y desarrollado: progreso sin libertad, sin democracia, sin ley. El país terminó por rechazar esta fórmula, así como la discriminación cultural que identificaba civilización con Europa, raza blanca, positivismo.

La Revolución Mexicana fue un intento —el mayor de nuestra historia— de reconocer la totalidad cultural de México, ninguna de cuyas partes era sacrificable.

Las grandes cabalgatas de los hombres de Pancho Villa desde el Norte y de los guerrilleros de Emiliano Zapata desde el Sur, son una revancha contra la muerte del Quinto Sol que mató con su movimiento al universo indígena.

Ahora, el movimiento revolucionario de todos los mexicanos, a lo largo y ancho del país, funda un nuevo sol, el Sol del reconocimiento mutuo, la aceptación de todo lo que hemos sido, el valor otorgado a todas y cada una de las aportaciones que hacen, de México, una nación multicultural en un mundo, a su vez, cada vez más variado y pluralista.

→ No nos engañemos: la Revolución Mexicana fue una revolución verdadera, tan profunda y decisiva para los destinos de nuestro país como lo fueron las revoluciones francesa, soviética y china, o la norteamericana en sus dos etapas (Washington en el siglo XVIII, Lincoln en el siglo XIX) para los suyos.

La Revolución Mexicana, en las palabras del historiador Enrique Florescano, «no es una ilusión ideológica, es un cambio real que revoluciona al Estado, desplaza violentamente a la antigua oligarquía dominante, promueve el ascenso de nuevos actores políticos, e inaugura un nuevo tiempo, el tiempo de la revolución...».

Este tiempo revolucionario nace de una nueva herida: un millón de muertos en diez años de encarnizados combates; una incalculable destrucción de riqueza...

Muchas de estas heridas cicatrizan gracias al logro mayor de la revolución: el proceso de autoconocimiento nacional, el descubrimiento de una continuidad cultural que ha sobrevivido a todos los avatares de la historia, pero que aún no se refleja plenamente en la historia política y económica del país.

Es en la cultura donde la revolución encarna: pensamiento, pintura, literatura, música, cine... pues revolución que acalla las voces de la creación y de la crítica, es revolución muerta.

La Revolución Mexicana, con todos sus defectos, no silenció a sus artistas: México entendió que la crítica es un acto de amor, y el silencio una condena de muerte.

→ Somos lo que somos gracias al autodescubrimiento de los años de la revolución.

Somos lo que somos gracias a la filosofía de José Vasconcelos, a la prosa de Alfonso Reyes, a las novelas de Mariano Azuela, a la poesía de Ramón López Velarde, a la música de Carlos Chávez, a la pintura de Orozco, Siqueiros, Diego Rivera y Frida Kahlo...

→ Nunca más podremos ocultar nuestros rostros indígenas, mestizos, europeos: son todos nuestros.

El espejo de Quetzalcóatl se llenó de caras: las nuestras.

El tiempo de la revolución estableció, sin embargo, un compromiso indiscutible, un contrato nacional.

En esencia, es éste: Organicemos al país devastado por la anarquía y la guerra. Creemos instituciones, creemos riqueza, creemos progreso, educación, salud y un mínimo de justicia social.

Pero, a fuer de buenos escolásticos, mantengamos la unidad, contra la reacción interna, contra las presiones norteamericanas, para alcanzar las metas de la revolución: alcancemos el bien común tomista, gracias a la intercesión de la jerarquía agustiniana. La gracia divina —es decir, la democracia— no la alcanzan los fieles —es decir, los ciudadanos— por sí solos.

Evitemos las dictaduras militares, las permanencias prolongadas en el poder, los factores del desequilibrio latinoamericano. El Ejército se vuelve institucional, la presidencia también: todo el poder para César, pero sólo por seis años, nunca más; no reelección, como pidió Madero al iniciar la revolución en 1910.

Pero Madero también pidió sufrágio efectivo. Y éste, pleno, transparente, creíble, luchamos por alcanzarlo. Estamos luchando por alcanzarlo. No nos rendiremos hasta alcanzarlo.

La revolución, mediante sus políticas de salud, educación y desarrollo material, creó nuevas clases medias, trabajadoras, juveniles.

Varias generaciones de mexicanos fueron educadas en los ideales de justicia, libertad, progreso, democracia. Ahora, los hijos de la revolución piden los frutos finales de la revolución: Desarrollo económico con democracia política y con justicia social.

No están solos. Toda la América Latina pide la unión de esos tres factores, democracia, desarrollo y justicia, sin aplazamientos bizantinos, sin sofismas intolerables: democracia, desarrollo y justicia.

Sólo así nuestra gran cultura ininterrumpida alimentará, y le dará vigor y estabilidad, a nuestros sistemas políticos, a nuestras aún débiles instituciones.

Una revolución, dice también María Zambrano, es como una anunciación. Es tan importante por lo que logra como por lo que promete. Su vigor puede medirse por sus caídas pero también por su capacidad para levantarse y reanudar su marcha.

La ruptura del compacto autosatisfecho de la política mexicana comenzó en 1968. El movimiento estudiantil creyó en las promesas de la

Revolución Mexicana, las aprendió en la escuela y la exigió en la calle. El gobierno no tuvo respuestas políticas para demandas políticas; empleo, <sup>7</sup>en cambio, la fuerza, culminando con la matanza de Tlatelolco.

Los acontecimientos a partir de enero de 1994 en el estado de Chiapas son un poderoso recordatorio de todo lo que la Revolución Mexicana no hizo: Pancho Villa nunca cabalgó hasta Chiapas, y a Emiliano Zapata le tomó ochenta años llegar allí.

Chiapas nos ha obligado a todos a recordar que somos todo lo que hemos sido, pero también todo lo que nos falta ser y hacer.

Chiapas nos recordó todo lo que habíamos olvidado, cuánto habíamos olvidado, y qué incompletos y mutilados seremos si no incorporamos Chiapas a México o si permitimos que México sufra su propia balcanización, una fractura entre un norte relativamente próspero y un sur fatalmente abandonado.

Pero el desarrollo económico no puede llegar a Chiapas sin la democracia tanto en Chiapas como en México.

Ésta es la gran lección del movimiento zapatista: la reforma económica no basta. Es necesaria la reforma democrática. De lo contrario, los frutos de la economía jamás llegarán a las manos y a las bocas de la mayoría. México no tiene sólo una cultura política autoritaria; tiene una cultura democrática íntimamente aliada a la libertad de su cultura pero sobre todo a la lucha social ininterrumpida de su pueblo.

Tenemos dos continuidades asombrosas: la cultura y la lucha social, y dos fracturas superables: el autoritarismo político y la desigualdad económica. La democracia es el puente entre cultura y política, entre sociedad y equidad.

Lo que hemos ganado es porque lo hemos exigido, todos; no es una concesión graciosa.

Lo que falta por obtener también será fruto de la demanda social y cultural.

Tenemos una urgente agenda en México, a partir del año 2000, una agenda de reformas políticas y sociales, que requieran el concurso activo y actualizado de los partidos y la sociedad civil.

Un nuevo sol parece nacer, después de la Guerra Fría, en el horizonte de México y del Mundo.

El movimiento de la Conquista, que destruyó el Quinto Sol de los aztecas, renació como movimiento revolucionario en 1910 y hoy, cargado de promesas y de peligros, aparece como movimiento de pueblos, de culturas, de economías.

El Tratado de Libre Comercio entre México, los Estados Unidos y Canadá, más allá de sus virtudes y de sus defectos —ambos abundantes— representa una apertura inevitable aunque paradójica.

México, el país tradicionalmente aislado, se abre y busca un sitio en los nuevos sistemas de relación internacional que seguirán al rígido mundo bipolar de los pasados 50 años.

↳ Los Estados Unidos, la nación abierta, se cierra, fatigada, acaso, después de medio siglo de liderazgo internacional: incierta, acaso, ante problemas internos largo tiempo aplazados y escondidos en nombre de la lucha contra el comunismo.

↳ Pero el sol se mueve y nos recuerda a todos los habitantes del continente americano, que todos somos inmigrantes en las Américas, que todos llegamos de otra parte, desde el primer hombre que cruzó el estrecho de Behring desde Asia hace treinta o sesenta mil años, hasta el último trabajador que anoche cruzó la frontera entre Tijuana y San Diego, sin olvidar a esos ilustres inmigrantes sin visas ni permisos de trabajo, los puritanos ingleses que desembarcaron en Plymouth Rock en 1620.

Durante quinientos años, el Occidente se pasó por lo que hoy llamamos «el Tercer Mundo», imponiendo sus valores políticos, económicos y culturales sin pedirle permiso a nadie.

Hoy, el Tercer Mundo regresa al Primer Mundo y pone a prueba la capacidad occidental, europea, y norteamericana, de recibir al otro, de reconocerse en el otro y de evitar los holocaustos que han denigrado la humanidad de nuestra civilización común en el siglo XX.

México es parte de la América Latina y con nuestros hermanos del Sur estamos viviendo una profunda transformación:

Económica, en busca de modelos adecuados para un desarrollo con justicia.

Política, en busca de una identificación de la cultura con las instituciones públicas.

Social, mediante una dolorosa voluntad de superar las terribles desigualdades e injusticias de nuestra creciente población: somos 450 millones de latinoamericanos, la mitad menores de dieciocho años, la mitad viviendo en la pobreza.

En el año 2000, la población de Latinoamérica duplicará la de los Estados Unidos.

Después de la Guerra Fría, los latinoamericanos queremos relacionarnos cada vez más con el mundo.

↳ Pero el movimiento del mundo nos habla bien alto a todos. Aprendamos a vivir con él o ella que no son como tú y yo.

Éste será, quizás, el desafío más serio del siglo venidero.

Cada uno de nosotros —individuos, naciones— seremos cada vez más importantes los unos para los otros. ✓

Ya no por consideraciones estratégicas derivadas de la Guerra Fría, sino por consideraciones concretas, jurídicas, económicas, culturales, humanas, propias de un mundo que, de repente, se encuentra con muchos centros, no sólo dos: muchas culturas, no sólo una. ✓

Vivimos en el tiempo, el tiempo es historia y en la historia nunca estamos solos.

Jean-Paul Sartre dijo, famosamente, que el infierno son los demás. Pero ¿hay otro paraíso que el que podamos construir con nuestros hermanos?

Necesitamos al otro. Nadie puede ver una realidad completa por sí solo. Necesitamos al otro para completarnos a nosotros mismos. Si rehúso al otro —distante de mí, detrás de mí, o muy por delante de mí— minimizo mi propia integridad: Cada uno de nosotros sólo es único porque hay otro, distinto de nosotros, ocupando otro tiempo y otro espacio en el mundo. Entender la relatividad del mundo es entender el carácter inacabado del mundo. El mundo no está terminado, el mundo se está haciendo, nosotros estamos haciéndonos constantemente, pero portando nuestro pasado, la cultura que nosotros mismos hemos hecho.

Preservemos nuestra identidad nacional y regional, pero también pongámosla a prueba, aceptemos el desafío del otro. El otro define nuestro yo. Una identidad aislada pronto fenecerá. Sólo las culturas que se comunican viven y florecen.

Estamos en el mundo, vivimos con los otros, vivimos en la historia y debemos responder a la historia en nombre de la continuidad de la vida.

Pero sólo seremos efectivos globalmente si somos responsables nacionalmente.

A todos nos corresponde poner nuestras casas en orden.

México es un país fluido, no enajenado a ideologías rígidas, consciente de su patrimonio cultural, rico en recursos naturales pero rico, sobre todo, en su capital humano.

Somos cien millones de mexicanos.

Estamos pasando rápidamente del concepto de población al concepto de ciudadanía.

Estamos trasladando nuestra cultura, nuestra pasión, nuestra historia, nuestro amor —todo lo que he evocado aquí— a las organizaciones de la sociedad civil, a los grupos ecológicos y de derechos humanos, a los sindicatos obreros y a las cooperativas agrarias, a las universidades y a la prensa, a los grupos empresariales y a las asociaciones de barrio.

Pero al trabajar por nosotros, trabajamos por el mundo.

Cada vez más, las cosas que nos unen a los demás superan a las que nos separan.

↘ Cada vez más, Norte y Sur, Este y Oeste, compartimos los inmensos problemas de la crisis de la civilización urbana: Crimen, violencia, droga, falta de techo, falta de escuela, discriminación racial, xenofobia, epidemias incontrolables, los derechos de la mujer, del anciano, de las minorías... Hay mendigos en Boston, Birmingham y Bogotá. Hay niños asesinados en las calles de Río, Los Ángeles y Chicago.

El Tercer Mundo tiene su Primer Mundo de privilegio.

↘ Pero el Primer Mundo tiene su Tercer Mundo de injusticia y miseria.

Con razón nos pregunta el estadista sueco Pierre Schorri: ¿Cuánta pobreza soporta la democracia, cuánto subdesarrollo tolera la seguridad global?

La gran cultura de México, la inmensa energía de mi país, contesta con las voces de la imaginación, de la diversidad racial, del pluralismo cultural, de la vocación internacional y de la voluntad de creación.

Completamos así el círculo y regresamos a los orígenes de México: Basta sentir el pulso de nuestra gente, mirar el cráter de un volcán, hacer camino al andar y subir a una pirámide, bañarse en una cañada serpentina, o hincarse frente a un altar barroco, para descubrir que México tiene el rostro de la creación inacabada.

Y que esto es así porque en México la creación del país coincide con la creación del mundo, del ser humano, y de la palabra.

Ahora, vivimos todos en el hogar común de la humanidad.

↘ Sepamos todos afirmar el valor supremo de la historia, para asegurar la continuidad de la vida.

El propósito de este libro es recordar, al inicio de un nuevo milenio, la extraordinaria vivencia del pasado milenio mexicano. Narrativa, ensayo, teatro: las voces que aquí se escuchan tienen diversas modulaciones, pero obedecen todas a una preocupación central de mi obra. Cuándo, dónde, cómo ocurre el encuentro del individuo y la historia. Cuándo, dónde, cómo se cruzan los caminos del ser personal y del ser colectivo.

Ojalá que esta antología sirva para animar nuestras memorias, nuestras imaginaciones y nuestras interrogantes acerca de nosotros mismos. La divisa de este Memorial mexicano bien podría ser: Imagina el pasado. Recuerda el futuro.

La grandeza de México es que el pasado siempre está vivo. No como una carga, no como una losa, salvo para el más crudo ánimo modernizador. La memoria salva, escoge, filtra, pero no mata. La memoria y el deseo saben que no hay presente vivo con pasado muerto, ni habrá futuro sin ambos. Recordamos hoy, aquí. Deseamos aquí, hoy. México existe en el presente, su ahora es ahora porque no olvida la riqueza de un pasado vivo, una memoria insepulta. Su horizonte también es hoy, porque no disminuye la fuerza de su vivo deseo.

Sí, somos más que los calendarios. No cabemos en ellos. Sabemos que nada tiene principio ni fin absoluto. A veces pienso que México posee una visión renacentista permanente que no acepta la tiranía de la Razón ni la tiranía de la Fe —nuestros extremos— sino que celebra incansablemente la continuidad de la vida, múltiple, portadora del pasado que

nosotros creamos, inventora del porvenir que nosotros imaginamos. No nos atemos nunca a un dogma, a una esencia, a una meta excluyente. Ayudemos al mundo a recrear una modernidad incluyente, capaz de abrazar razas, culturas, aspiraciones diversas. Abracemos la emancipación de los signos, la escala humana de las cosas, la inclusión, el sueño del otro.

México, D.F., febrero 2000

CARLOS FUENTES

*El eterno retorno*

## CHAC MOOL

Hace poco tiempo, Filiberto murió ahogado en Acapulco. Sucedió en Semana Santa. Aunque despedido de su empleo en la Secretaría, Filiberto no pudo resistir la tentación burocrática de ir, como todos los años, a la pensión alemana, comer el *chacrouit* endulzado por el sudor de la cocina tropical, bailar el sábado de gloria en La Quebrada, y sentirse «gente conocida» en el oscuro anonimato vespertino de la Playa de Hornos. Claro, sabíamos que en su juventud había nadado bien, pero ahora, a los cuarenta, y tan desmejorado como se le veía, ¡intentar salvar, y a medianoche, un trecho tan largo! Frau Müller no permitió que se viera —cliente tan antiguo— en la pensión; por el contrario, esa noche organizó un baile en la terracita sofocada, mientras Filiberto esperaba, muy pálido en su caja, a que saliera el camión matutino de la terminal, y pasó acompañado de huacales y fardos la primera noche de su nueva vida. Cuando llegué, temprano, a vigilar el embarque del féretro, Filiberto estaba bajo un túmulo de cocos; el chófer dijo que lo acomodáramos rápidamente en el toldo y lo cubríramos de lonas, para que no se evaporaran los pasajeros, y a ver si no le habíamos echado la sal al viaje. Salimos de Acapulco, todavía en la brisa. Hasta Tierra Colorada nacieron el calor y la luz. Con el desayuno de huevos y chorizo, abrí el cartapacio de Filiberto, recogido el día anterior, junto con sus otras pertenencias, en la pensión de los Müller. Doscientos pesos. Un periódico de-

rogado en México; cachos de la lotería; el pasaje de ida —¿sólo de ida?—. Y el cuaderno barato, de hojas cuadrículadas y tapas de papel mármol. Me aventuré a leerlo, a pesar de las curvas, el hedor a vómito, y cierto sentimiento natural de respeto a la vida privada de mi difunto amigo. Recordaría —si, empezaba con eso— nuestra cotidiana labor en la oficina; quizás, sabría por qué fue declinando, olvidando sus deberes, por qué dictaba oficios sin sentido, ni número, ni «Sufragio Efectivo». Por qué, en fin, fue corrido, olvidada la pensión, sin respetar los escalafones.

«Hoy fui a arreglar lo de mi pensión. El licenciado, amabilísimo. Salí tan contento que decidí gastar cinco pesos en un Café. Es el mismo al que íbamos de jóvenes y al que ahora nunca concurre, porque me recuerda que a los veinte años podía darme más lujos que a los cuarenta. Entonces todos estábamos en un mismo plano, hubiéramos rechazado con energía cualquier opinión peyorativa hacia los compañeros —de hecho librábamos la batalla por aquellos a quienes en la casa discutían la baja extracción o falta de elegancia. Yo sabía que muchos (quizás los más humildes) llegarían muy alto, y aquí, en la Escuela, se iban a forjar las amistades duraderas en cuya compañía cursaríamos el mar bravío. No, no fue así. No hubo reglas. Muchos de los humildes quedaron allí, muchos llegaron más arriba de lo que pudimos pronosticar en aquellas fogosas, amables tertulias. Otros, que parecíamos prometerlo todo, quedamos a la mitad del camino, destripados en un examen extracurricular, aislados por una zanja invisible de los que triunfaron y de los que nada alcanzaron. En fin, hoy volví a sentarme en las sillas, modernizadas —también, como barricada de una invasión, la fuente de sodas— y pretendí leer expedientes. Vi a muchos, cambiados, amnésicos, retocados de luz neón, prósperos. Con el Café que casi no reconocía, con la ciudad misma, habían ido cincelandose a ritmo distinto del mío. No, ya no me reconocían, o no me querían reconocer. A lo sumo —uno o dos— una mano gorda y rápida en el hombro. Adiós viejo, qué tal. Entre ellos y yo, mediaban los dieciocho agujeros del Country Club. Me disfracé en los expedientes. Desfilaron los años de las grandes ilusiones, de los pronosticos felices y también todas las omisiones que impidieron su realización. Sentí la angustia de no poder meter

los dedos en el pasado y pegar los trozos de algún rompecabezas abandonado; pero el arcón de los juguetes se va olvidando, y al cabo, quién sabrá a dónde fueron a dar los soldados de plomo, los cascos, las espadas de madera. Los disfraces tan queridos, no fueron más que eso. Y sin embargo había habido constancia, disciplina, apego al deber. ¿No era suficiente, o sobraría? No dejaba, en ocasiones, de asaltarme el recuerdo de Rilke. La gran recompensa de la aventura de juventud debe ser la muerte; jóvenes, debemos partir con todos nuestros secretos. Hoy, no tendría que volver la vista a las ciudades de sal. ¿Cinco pesos? Dos de propina.»

«Pepe, aparte de su pasión por el derecho mercantil, gusta de teorizar. Me vio salir de la Catedral, y juntos nos encaminamos a Palacio. Él es descreído, pero no le basta: en media cuadra tuvo que fabricar una teoría. Que si no fuera mexicano, no adoraría a Cristo, y —No, mira, parece evidente. Llegan los españoles y te proponen adores a un dios, muerto hecho un coágulo, con el costado herido, clavado en una cruz. Sacrificado. Ofrendado. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano a todo tu ceremonial, a toda tu vida?... Figúrate, en cambio, que México hubiera sido conquistado por budistas o mahometanos. No es concebible que nuestros indios veneraran a un individuo que murió de indigestión. Pero un dios al que no le basta que se sacrifiquen por él, sino que incluso va a que le arranquen el corazón, ¡caramba, ¡aque mate a Huitzilopochtli! El cristianismo, en su sentido cálido, sangriento, de sacrificio y liturgia, se vuelve una prolongación natural y novedosa de la religión indígena. Los aspectos de caridad, amor y la otra mejilla, en cambio, son rechazados. Y todo en México es eso: hay que matar a los hombres para poder crear en ellos.

»Pepe sabía mi afición, desde joven, por ciertas formas del arte indígena mexicano. Yo colecciono estatuitas, ídolos, cacharros. Mis fines de semana los paso en Tlaxcala, o en Teotihuacán. Acaso por esto le guste relacionar todas las teorías que elabora para mi consumo con estos temas. Por cierto que busco una réplica razonable del Chac Mool desde hace tiempo, y hoy Pepe me informa de un lugar en la Lagunilla donde venden uno de piedra y parece que barato. Voy a ir el domingo.

«Un guasón pintó de rojo el agua del garratón en la oficina, con la consiguiente perturbación de las labores. He debido consignarlo al Director, a quien sólo le dio mucha risa. El culpable se ha valido de esta circunstancia para hacer sarcasmos a mis costillas el día entero, todos en torno al agua. Ch...!»

«Hoy, domingo, aproveché para ir a la Lagunilla. Encontré al Chac Mool en la tienducha que me señaló Pepe. Es una pieza preciosa, de tamaño natural, y aunque el marchante asegura su originalidad, lo dudo. La piedra es corriente, pero ello no aminora la elegancia de la postura o lo maticizo del bloque. El desleal vendedor le ha embarrado salsa de tomate en la barriga para convencer a los turistas de la autenticidad sangrienta de la escultura.»

«El traslado a la casa me costó más que la adquisición. Pero ya está aquí, por el momento en el sótano mientras reorganizo mi cuarto de troleos a fin de darle cabida. Estas figuras necesitan sol, vertical y fogoso; ése fue su elemento y condición. Pierde mucho en la oscuridad del sótano, como simple bufo agónico, y su mueca parece reprocharme que le niegue la luz. El comerciante tenía un foco exactamente vertical a la escultura, que recortaba todas las aristas, y le daba una expresión más amable a mi Chac Mool. Habrá que seguir su ejemplo.»

«Amanecí con la tubería descompuesta. Incauto, dejé correr el agua de la cocina, y se desbordó, corrió por el suelo y llegó hasta el sótano, sin que me percatara. El Chac Mool resiste la humedad, pero mis maletas sufrieron, y todo esto en día de labores, me ha obligado a llegar tarde a la oficina.»

«Vinieron, por fin, a arreglar la tubería. Las maletas, torcidas. Y el Chac Mool, con lama en la base.»

«Desperté a la una: había escuchado un quejido terrible. Pensé en ladrones. Pura imaginación.»

«Los lamentos nocturnos han seguido. No sé a qué atribuirlos, pero estoy nervioso. Para colmo de males, la tubería volvió a descomponerse, y las lluvias se han colado, inundando el sótano.»

«El plomero no viene, estoy desesperado. Del Departamento del Distrito Federal, más vale no hablar. Es la primera vez que el agua de las lluvias no obedece a las coladeras y viene a dar a mi sótano. Los quejidos han cesado: vaya una cosa por otra.»

«Secaron el sótano, y el Chac Mool está cubierto de lama. Le da un aspecto grotesco, porque toda la masa de la escultura parece padecer de una erisipela verde, salvo los ojos, que han permanecido de piedra. Voy a aprovechar el domingo para raspar el musgo. Pepe me ha recomendado cambiarme a un apartamento, y en el último piso, para evitar estas tragedias acuáticas. Pero no puedo dejar este caserón, ciertamente muy grande para mí solo, un poco lúgubre en su arquitectura porfiriana, pero que es la única herencia y recuerdo de mis padres. No sé qué me daría ver una fuente de sodas con simfonía en el sótano y una casa de decoración en la planta baja.»

«Fui a raspar la lama del Chac Mool con una espátula. El musgo parecía ser ya parte de la piedra; fue labor de más de una hora, y sólo a las seis de la tarde pude terminar. No era posible distinguir en la penumbra, y al dar fin al trabajo, con la mano seguí los contornos de la piedra. Cada vez que repasaba el bloque parecía reblandecerse. No quise creerlo: era ya casi una pasta. Este mercader de la Lagunilla me ha timado. Su escultura precolombina es puro yeso, y la humedad acabará por artimularla. Le he puesto encima unos trapos, y mañana la pasaré a la pieza de arriba, antes de que sufra un deterioro total.»

«Los trapos están en el suelo. Increíble. Volví a palpar al Chac Mool. Se ha endurecido pero no vuelve a la piedra. No quiero escribirlo: hay en el torso algo de la textura de la carne. Lo aprieto como goma, siento que

algo corre por esa figura recostada... Volví a bajar en la noche. No cabe duda: el Chac Mool tiene vello en los brazos.»

«Esto nunca me había sucedido. Terjiversé los asuntos en la oficina; giré una orden de pago que no estaba autorizada, y el Director tuvo que llamarme la atención. Quizás me mostré hasta descorrés con los compañeros. Tendé que ver a un médico, saber si es imaginación, o delirio, o qué, y deshacerme de ese maldito Chac Mool.»

Hasta aquí, la escritura de Filiberto era la vieja, la que tantas veces vi en memoranda y formas, ancha y ovalada. La entrada del 25 de agosto, parecía escrita por otra persona. A veces como niño, separando trabajosamente cada letra; otras, nerviosa, hasta diluirse en lo ininteligible. Hay tres días vacíos, y el relato continúa:

«Todo es tan natural; y luego se cree en lo real... pero esto lo es, más que lo creído por mí. Si es real un garrafón, y más, porque nos damos mejor cuenta de su existencia, o estar, si pinta un bromista de rojo el agua... Real bocanada de cigarro efímera, real imagen monstruosa en un espejo de circo, reales, ¿no lo son todos los muertos, presentes y olvidados?... Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces, qué?... Realidad: cierto día la quebraron en mil pedazos, la cabeza fue a dar allá, la cola aquí, y nosotros no conocemos más que uno de los trozos desprendidos de su gran cuerpo. Océano libre y ficticio, sólo real cuando se le aprisiona en un caracol. Hasta hace tres días, mi realidad lo era al grado de haberse borrado hoy: era movimiento reflejo, rutina, memoria, cartapacio. Y luego, como la tierra que un día tiembla para que recordemos su poder, o la muerte que llegará, recriminando mi olvido de toda la vida, se presenta otra realidad que sabemos estaba allí, mostranca, y que debe sacudírnos para hacerse viva y presente. Creía, nuevamente, que era imaginación: el Chac Mool, blanco y elegante, había cambiado de color en una noche; amarillo, casi do-

rado, parecía indicarme que era un dios, pero ahora laxo, con las rodillas menos tensas que antes, con la sonrisa más benévola. Y ayer, por fin, un despertar sobresaltado, con esa seguridad espantosa de que hay dos respiraciones en la noche, de que en la oscuridad laten más pulsos que el propio. Sí, se escuchaban pasos en la escalera. Pesadilla. Vuelta a dormir... No sé cuánto tiempo pretendí dormir. Cuando volví a abrir los ojos, aún no amanecía. El cuarto olía a horror, a incienso y sangre. Con la mirada negra, recorrí la recámara, hasta detenerme en dos orificios de luz parpadeante, en dos flámulas crueles y amarillas.

»Casi sin aliento encendí la luz.

»Allí estaba Chac Mool, erguido, sonriente, ocre, con su barriga encarnada. Me paralizaban los dos ojillos, casi bizcos, muy pegados a la nariz triangular. Los dientes inferiores, moviendo el labio superior, inmóviles; sólo el brillo del casquetón cuadrado sobre la cabeza anormalmente voluminosa, delataba vida. Chac Mool avanzó hacia la cama; entonces empezó a llover.»

Recuerdo que a fines de agosto, Filiberto fue despedido de la Secretaría, con una recriminación pública del Director, y rumores de locura y aun robo. Esto no lo creí. Si vi unos oficios descabellados, preguntando al Oficial Mayor si el agua podía olerse, ofreciendo sus servicios al Secretario de Recursos Hidráulicos para hacer llover en el desierto. No supe qué explicación darme; pensé que las lluvias excepcionalmente fuertes, de ese verano, lo habían crispado. O que alguna depresión moral debía producir la vida en aquel caserón antiguo, con la mitad de los cuartos bajo llave y empolvados, sin criados ni vida de familia. Los apuntes siguientes son de fines de septiembre:

«Chac Mool puede ser simpático cuando quiere...; un glu-glu de agua embelesada... Sabe historias fantásticas sobre los monzones, las lluvias ecuatoriales, el castigo de los desiertos; cada planta arranca su paternidad mítica: el sauce, su hija descarrada; los lotos, sus mimados; su suegra: el cactus. Lo que no puedo tolerar es el olor, extrahumano, que emana de esa carne que no lo es, de las chancas flamantes de ancianidad. Con risa es-

tridente, el Chac Mool revela cómo fue descubierto por Le Plongeon, y puesto físicamente en contacto con hombres de otros símbolos. Su espíritu ha vivido en el cántaro y la tempestad, natural, otra cosa es su piedra, y haberla arrancado al escondite es artificial y cruel. Creo que nunca lo perdonará el Chac Mool. Él sabe de la inminencia del hecho estético.

»He debido proporcionarle sapulio para que se lave el estómago que el mercader le untó de *ketchup* al creario azteca. No pareció gustarle mi pregunta sobre su parentesco con Tláloc, y cuando se enoja, sus dientes, de por sí repulsivos, se afilan y brillan. Los primeros días, bajó a dormir al sótano; desde ayer, en mi cama.»

«Ha empezado la temporada seca. Ayer, desde la sala en que duermo ahora, comencé a oír los mismos lamentos roncós del principio, seguidos de ruidos terribles. Subí y entreabrí la puerta de la recámara: el Chac Mool estaba rompiendo las lámparas, los muebles; saltó hacia la puerta con las manos arañadas, y apenas pude cerrar e irme a esconder al baño... Luego bajó jadeante y pidió agua; todo el día tiene corriendo las llaves, no queda un centímetro seco en la casa. Tengo que dormir muy abrigado, y le he pedido no emparar la sala más.»<sup>1</sup>

«El Chac Mool inundó hoy la sala. Exasperado, dije que lo iba a devolver a la Lagunilla. Tan terrible como su risilla —horrosamente distinta a cualquier risa de hombre o animal— fue la bofetada que me dio, con ese brazo cargado de brazaletes pesados. Debo reconocerlo: soy su prisionero. Mi idea original era distinta: yo dominaría al Chac Mool, como se domina a un juguete; era, acaso, una prolongación de mi seguridad infantil; pero la niñez —¿quién lo dijo?— es fruto comido por los años, y yo no me he dado cuenta... Ha tomado mi ropa, y se pone las batas cuando empieza a brotarle musgo verde. El Chac Mool está acostumbrado a que se le obedezca, por siempre; yo, que nunca he debido mandar, sólo puedo doblegarle. Mientras no llueva —y su poder mágico?— vivirá colérico o irritable.»

1. Filiberto no explica en qué lengua se entendía con el Chac Mool.

«Hoy descubrí que en las noches el Chac Mool sale de la casa. Siempre, al oscurecer, canta una canción chirriona y anciana, más vieja que el canto mismo. Luego cesa. Toqué varias veces a su puerta, y cuando no me contestó, me atreví a entrar. La recámara, que no había vuelto a ver desde el día en que intentó atacarme la estatua, está en ruinas; y allí se concentra ese olor a incienso y sangre que ha permeado la casa. Pero detrás de la puerta, hay huesos: huesos de perros, de ratones y gatos. Esto es lo que roba en la noche el Chac Mool para sustentarse. Esto explica los la-dridos espantosos de todas las madrugadas.»

«Febrero, seco. Chac Mool vigila cada paso mío; ha hecho que telefonee a una fonda para que me traigan diariamente arroz con pollo. Pero lo sustraído de la oficina ya se va a acabar. Sucedió lo inevitable: desde el día primero, cortaron el agua y la luz por falta de pago. Pero Chac ha descubierto una fuente pública a dos cuadras de aquí; todos los días hago diez o doce viajes por agua, y él me observa desde la azotea. Dice que si intento huir me fulminará; también es dios del rayo. Lo que él no sabe es que estoy al tanto de sus correrías nocturnas... Como no hay luz, debo acostarme a las ocho. Ya debería estar acostumbrado al Chac Mool, pero hace poco, en la oscuridad, me topé con él en la escalera, sentí sus brazos helados, las escamas de su piel renovada, y quise gritar.»

«Si no llueve pronto, el Chac Mool va a convertirse en piedra otra vez. He notado su dificultad reciente para moverse; a veces se reclina durante horas, paralizado, y parece ser, de nuevo, un ídolo. Pero estos reposos sólo le dan nuevas fuerzas para vejarme, arañarme como si pudiera arrancar algún líquido de mi carne. Ya no tienen lugar aquellos intermedios amables en que relataba viejos cuentos; creo notar un resentimiento concentrado. Ha habido otros indicios que me han puesto a pensar: se está acabando mi bodega; acaricia la seda de las batas; quiere que traiga una criada a la casa; me ha hecho enseñarle a usar jabón y lociones. Creo que el Chac Mool está cayendo en tentaciones humanas, incluso hay algo viejo en su cara que antes parecía eterna. Aquí puede estar mi salvación: si el Chac se humaniza, posiblemente todos sus siglos de vida se acumu-

len en un instante y caiga fulminado. Pero también, aquí, puede germinar mi muerte: el Chac no querrá que asista a su derrumbe, es posible que desee matarme.»

«Hoy aprovecharé la excursión nocturna de Chac para huir. Me iré a Acapulco; veremos qué puede hacerse para adquirir trabajo, y esperar la muerte de Chac Mooli; sí, se avvicina; está canoso, abotagado. Necesito asolearme, nadar, recuperar fuerza. Me quedan cuatrocientos pesos. Iré a la Pensión Müller, que es barata y cómoda. Que se adueñe de todo el Chac Mooli: a ver cuánto dura sin mis baldes de agua.»

Aquí termina el diario de Filiberto. No quise volver a pensar en su relato; dormí hasta Cuernavaca. De ahí a México pretendí dar coherencia al escrito, relacionarlo con exceso de trabajo, con algún motivo psicológico. Cuando a las nueve de la noche llegamos a la terminal, aún no podía concebir la locura de mi amigo. Contraté una camioneta para llevar el féretro a casa de Filiberto, y desde allí ordenar su entierro.

Antes de que pudiera introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Apareció un indio amarillo, en bata de casa, con bufanda. Su aspecto no podía ser más repulsivo; despedía un olor a loción barata; su cara, polveada, quería cubrir las arrugas; tenía la boca embarrada de lápiz labial mal aplicado, y el pelo daba la impresión de estar teñido.

—Perdone... no sabía que Filiberto hubiera...

—No importa; lo sé todo. Dígale a los hombres que lleven el cadáver al sótano.

#### *Los días enmascarados*

#### *Las voces antiguas*

#### YO SOY EL QUE RECUERDA

«Has regresado, hermano. Has llegado a tu casa. Ocupa en ella tu lugar. Tienes tantos días como el tiempo del destino para cumplir el tuyo. Los dioses fueron generosos. Como yo con mi mano, borraron cinco días del tiempo del sol. Son los días enmascarados. Son los días sin rostro, que no pertenecen ni a los dioses ni a los hombres. De tu vida depende que puedas ganarle esos días a los dioses que tratarán de arrebatártelos y ganárselos para sí. Trata tú de ganarlos para ti y ahórralos para salvarte de los días de tu muerte. Y cuando la sientas cercana, dile: Detente, no me toques, he ahorrado un día. Déjame vivirlo. Espera. Y esto podrás hacerlo cinco veces durante la vida que te queda.»

—¿Y si los gano, serán días felices para mí, señor?

—No. Son cinco días estériles y sin fortuna. Pero más vale infortunio que muerte. Ése será tu argumento único contra la muerte.

El anciano decía estas extrañas cosas con muchos signos de la mano que me ayudaban a penetrar su sentido, aunque mi mente a veces se distraía, tratando de dar concierto a tales datos, y caía en pragmáticas consideraciones, como para compensar la delirante magia del viejo. Mucho hablaba éste, trazándolos con un débil movimiento del brazo, de círculos.

«¿Quién soy, señor?»

Por primera vez, el viejo sonrió.

«¿Quiénes somos, hermano? Somos dos de los tres hermanos. El ne-

gro murió en la hoguera de la creación. Su oscura fealdad fue compensada por el sacrificio. Reencarnó como blanca y ardiente luz. Sobrevivimos tú y yo, que no tuvimos el valor de arrojarnos al fuego. Hemos pagado nuestra cobardía con la pesada obligación de mantener la vida y la memoria. Tú y yo. Yo el rojo. Tú el blanco.»

«Yo...», murmuré. «Yo...»

«Viviste sobre las espaldas y la nariz y la cabellera de la diosa enseñando a vivir. Tú plantaste, tú cosechaste, tú tejiste, tú pintaste, tú labraste, tú enseñaste. Tú dijiste que bastaban el trabajo y el amor para compensar la vida que nos dieron los dioses. Ellos se rieron de ti e hicieron llover el fuego y el agua sobre la tierra. Y cada vez que el sol murió, tú huiste llorando hacia el mar. Y cada vez que el sol renació, regresaste a predicar la vida. Gracias, hermano. Has regresado de Oriente, donde nace toda la vida. Más difícil será el viaje de regreso de nuestro hermano negro, pues si durante el día brilla magníficamente, de noche desciende a las honduras del poniente, recorre el negro río del inframundo, es asesinado por los demonios de la borrachera y el olvido, ya que el infierno es el reino del animal que se traga el recuerdo de todas las cosas. Tardará más que tú en reunirse conmigo, pues de día da vida y reclama muerte, y de noche teme muerte y reclama vida. Tú eres el otro dios fundador, mi hermano blanco. Tú rechazas muerte y predicas vida.»

«¿Y tú, señor?»

«Yo soy el que recuerda. Ésa es mi misión. Yo cuido del libro del destino. Entre la vida y la muerte, no hay más destino que la memoria. El recuerdo teje el destino del mundo. Los hombres perecen. Los soles se suceden. Caen las ciudades. Pasan los poderes de mano en mano. Se hundan los príncipes junto con las piedras carcomidas de sus palacios abandonados a la furia del fuego, la tormenta y la maleza. Un tiempo termina y otro comienza. Sólo la memoria mantiene vivo lo muerto, y quienes han de morir lo saben. El fin de la memoria es el verdadero fin del mundo. Negra muerte nuestro hermano; blanca vida tú; roja memoria yo.»

«¿Y los tres juntos, como tú esperas?»

«Vida, muerte y memoria: un solo ser. Los dueños de la cruel diosa que hasta ahora nos ha gobernado, dándonos por turnos alimento y hambre. Tú, yo y él: los primeros príncipes hambres después del reino

de la mujer madre diosa, a la cual todo debemos, pero que todo quisiera quitarnos: vida, muerte y recuerdo.»

Me miró largo tiempo con sus ojos de tristeza, negros y podridos como la selva, duros y labrados como el templo, brillantes y atesorados como el oro.

*Terra nostra*

*La Conquista española*

**LAS DOS ORILLAS**

Como los planetas en sus órbitas, el mundo de las ideas tiende a la circularidad.

*Amos Oz, Amor tardío*

*Combien de royaumes nous ignoranti!*

*PASCAL, Pensées*

10

Yo vi todo esto. La caída de la gran ciudad azteca, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego de los cañones castellanos. Vi el agua quemada de la laguna sobre la cual se asentó esta Gran Tenochtitlán, dos veces más grande que Córdoba.

Cayeron los templos, las insignias, los trofeos. Cayeron los mismismos dioses. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de los templos indios, comenzamos a edificar las iglesias cristianas. Quien sienta curiosidad o sea topo, encontrará en la base de las columnas de la Catedral de México las divisas mágicas del dios de la noche, el espejo humeante de Tezcatlipoca. ¿Cuánto durarán las nuevas mansiones de nuestro único dios, construidas sobre las ruinas de no uno, sino mil dioses? Acaso tanto como el nombre de éstos: Lluvia, Agua, Viento, Fuego, Basura...

En realidad, no lo sé. Yo acabo de morir de bubas. Una muerte atroz, dolorosa, sin remedio. Un ramillete de plagas que me regalaron mis propios hermanos indígenas, a cambio de los males que los españoles les trajimos a ellos. Me maravilla ver, de la noche a la mañana, esta ciudad de México poblada de rostros cacarañados, marcados por la viruela, tan devastados como las calzadas de la ciudad conquistada. Se agita, hirviente, el agua de la laguna; los muros han contraído una lepra incurable; los rostros han perdido para siempre su belleza oscura, su perfil perfecto: Europa le ha arañado para siempre el rostro a este Nuevo Mundo que, bien visto, es más viejo que el europeo. Aunque desde esta perspectiva olímpica que me da la muerte, en verdad veo todo lo que ha ocurrido como el encuentro de dos viejos mundos, ambos milenarios, pues las piedras que aquí hemos encontrado son tan antiguas como las del Egipto y el destino de todos los imperios ya estaba escrito, para siempre, en los muros del festín de Baltasar.

Lo he visto todo. Quisiera contarlo todo. Pero mis apariciones en la historia están severamente limitadas a lo que de mí se dijo. Cincuenta y ocho veces soy mencionado por el cronista Bernal Díaz del Castillo en su *Verdadera historia de la Conquista de la Nueva España*. Lo último que se sabe de mí es que ya estaba muerto cuando Hernán Cortés, nuestro capitán, salió en su desventurada expedición a Honduras en octubre de 1524. Así lo describe el cronista y pronto se olvidó de mí.

Reaparezco, es cierto, en el desfile final de los fantasmas, cuando Bernal Díaz enumera el destino de los compañeros de la Conquista. El escritor posee una memoria prodigiosa; recuerda todos los nombres, no se le olvidó un solo caballo, ni quien lo montaba. Quizás no tiene otra cosa sino el recuerdo con el cual salvarse, él mismo, de la muerte. O de algo peor: la desilusión y la tristeza. No nos engañemos; nadie salió ileso de estas empresas de descubrimiento y conquista, ni los vencidos, que vieron la destrucción de su mundo, ni los vencedores, que jamás alcanzaron la satisfacción total de sus ambiciones, antes sufrieron injusticias y desencantos sin fin. Ambos debieron construir un nuevo mundo a partir de la derrota compartida. Esto lo sé yo porque ya me morí; no lo sabía muy bien el cronista de Medina del Campo al escribir su fabulosa historia, y de allí que le sobre memoria, pero le falte imaginación.

No falta en su lista un solo compañero de la Conquista. Pero la inmensa mayoría son despachados con un lacónico epitafio: «Murió de su muerte.» Unos cuantos, es cierto, se distinguen porque murieron «en poder de indios». Los más interesantes son los que tuvieron un destino singular y, casi siempre, violento.

La gloria y la abyección, debo añadir, son igualmente notorias en estas andanzas de la Conquista. A Pedro Escudero y a Juan Cermeño, Cortés los mandó ahorcar porque intentaron escaparse con un navío a Cuba, mientras que a su piloto, Gonzalo de Umbria, sólo le mandó cortar los dedos de los pies y así, mocho y todo, el tal Umbria tuvo el valor de presentarse ante el Rey a quejarse, obteniendo rentas en oro y pueblos de indios. Cortés debió arrepentirse de no haberle ahorcado también. Ved así, lectores, auditores, penitentes, o lo que seáis al acercaros a mi tumba, cómo se toman decisiones cuando el tiempo urge y la historia ruga. Siempre pudo ocurrir exactamente lo contrario de lo que la crónica con-  
signa. Siempre.

Además, es para decirlo que en esta empresa de todo hubo, desde el deleite personal de un fulano Morón que era gran músico, un Porras muy bermejo y que era gran cantor, o un Ortiz, gran tañedor de vihuela y que enseñaba a danzar, hasta las desgracias de un Enrique, natural de Palencia, que se ahogó de cansado y del peso de las armas y del calor que le daban.

Hay destinos contrastados; a Alfonso de Grado, me lo casa Cortés nada menos que con doña Isabel, hija del emperador azteca Moctezuma; en cambio, un tal Xuárez dicho El Viejo, acaba matando a su mujer con una piedra de moler maíz. ¿Quién gana, quién pierde en una guerra de conquista? Juan Sedeno llegó con fortuna —navío propio, nada menos; con una yegua y un negro para servirle, tocinos y pan cazabe en abundancia y aquí hizo más—. Un tal Burguillos, en cambio, se hizo de riquezas y buenos indios, y lo dejó todo para irse de franciscano. Pero la mayor parte regresó de la Conquista o se quedó en México sin ahorrar un maravedí.

¿Cuánto monta, pues, un destino más, el mío, en medio de esta parada de glorias y miserias? Sólo diré que, en esto de los destinos, yo creo que el más sabio de todos nosotros fue el llamado Solís «Tras-de-la-Puer-

tax, quien se la pasaba en su casa detrás de la puerta viendo a los demás pasar por la calle, sin entrometarse y sin ser entrometido. Ahora creo que en la muerte todos estamos, como Solís, tras de la puerta, viendo pasar sin ser vistos, y leyendo lo que de uno se dice en las crónicas de los sobrevivientes.

Sobre mí, entonces, ésta es la consignación final:

Pasó otro soldado que se decía Jerónimo de Aguilár; este Aguilár pongo en esta cuenta porque fue el que hallamos en la Punta de Catoche, que estaba en poder de indios e fue nuestra lengua. Murió tullido de bubas.

9

Tengo muchas impresiones finales de la gran empresa de la Conquista de México, en la que menos de seiscientos esforzados españoles sometimos a un imperio nueve veces mayor que España en territorio, y tres veces mayor en población. Para no hablar de las fabulosas riquezas que aquí hallamos y que, enviadas a Cádiz y Sevilla, hicieron la fortuna no sólo de las Españas, sino de la Europa entera, por los siglos de los siglos, hasta el día de hoy.

Yo, Jerónimo de Aguilár, veo al Mundo Nuevo antes de cerrar para siempre los ojos y lo último que miro es la costa de Veracruz y los navíos que zarpan llenos del tesoro mexicano, guiados por el más seguro de los compases: un sol de oro y una luna de plata, suspendidos ambos, al mismo tiempo, sobre un cielo azul negro y tormentoso en las alturas, pero ensangrentado apenas toca la superficie de las aguas.

Me quiero despedir del mundo con esta imagen del poder y la riqueza bien plantada en el fondo de la mirada; cinco navíos bien abastecidos, gran número de soldados y muchos caballos y tiros y escopetas y ballestas, y todo género de armas, cargados hasta los mástiles y lastrados hasta las bodegas; ochenta mil pesos en oro y plata, joyas sin fin, y las cámaras enteras de Moctezuma y Guatemuz, los últimos reyes mexicanos. Limpia operación de conquistista, justificada por el tesoro que un es-

forzado capitán al servicio de la Corona envía a Su Majestad, el rey Carlos.

Pero mis ojos no llegan a cerrarse en paz, pensando ante todo en la abundancia de protección, armas, hombres y caballos, que acompañó de regreso a España el oro y la plata de México, en contraste cruel con la inseguridad de los escasos recursos y bajo número con que Cortés y sus hombres llegaron desde Cuba en la hora primeriza de una incierta gesta. Mirad, sin embargo, lo que son las ironías de la historia.

Quiñones, capitán de la guardia de Cortés enviado a proteger el tesoro, cruzó la Bahama pero se detuvo en la isla de La Tercera con el bote de México, se enamoró de una mujer allí, y por esta causa, murió acuchillado, en tanto que Alonso de Dávila, quien iba al frente de la expedición, se topó con el pirata francés Jean Fleury, que nosotros llamamos, familiarmente, Juan Florín, y fue quien se robó el oro y la plata y a Dávila lo encarceló en Francia, donde el rey Francisco I había declarado repetidas veces, «Mostradme la cláusula del testamento de Adán en la que se le otorga al rey de España la mitad del mundo», a lo que sus corsarios, en coro, respondieron: «Cuando Dios creó el mar, nos lo regaló a todos sin excepción.» Vaya, pues, de moraleja: el propio Florín, o Fleury, fue capturado en alta mar por vizcaínos (Valladolid, Burgos, Vizcaya: ¡el Descubrimiento y la Conquista acabaron por unir y movilizar a toda España!) y ahorcado en el puerto de Pico...

Y no termina allí la cosa, sino que un tal Cárdenas, piloto natural de Triana y miembro de nuestra expedición, denunció a Cortés en Castilla, diciendo que no había visto tierra donde hubiese dos reyes como en la Nueva España, pues Cortés tomaba para sí, sin derecho, tanto como le enviaba a Su Majestad y por su declaración el Rey le dio a este trianero mil pesos de renta y una encomienda de indios.

Lo malo es que tenía razón. Todos fuimos testigos de la manera como nuestro capitán se llevaba la parte del león y nos prometía a los soldados recompensas al terminar la guerra. ¡Tan largo me lo fiáis! Nos quedamos pues, después de sudar los dientes, sin saco ni papo ni nada so el sobaco... Cortés fue juzgado y despojado del poder, sus lugartenientes perdieron la vida, la libertad y lo que es peor, el tesoro, y éste acabó desparramándose por los cuatro rincones de la Europa...

¿Hay justicia, hoy me pregunto, en todo ello? ¿No hicimos más que darle su destino mejor al oro de los aztecas, arrancarlo de un estéril oficio para difundirlo, distribuirlo, otorgarle un propósito económico en vez de ornamental o sagrado, ponerlo a circular, fundirlo para difundirlo?

8

Trato, desde mi tumba, de juzgar serenamente; pero una imagen se impone una y otra vez a mis razones. Veo frente a mí a un hombre joven, de unos veintidós años, de color moreno claro, de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones.

Estaba casado con una sobrina de Moctezuma. Era llamado Guatemuz o Guatimozán y tenía, sin embargo, una nube de sangre en los ojos y cuando sentía que se le empañaba la mirada, bajaba los párpados y yo se los vi: uno era de oro y el otro de plata. Fue el último emperador de los aztecas, una vez que su tío Moctezuma fue muerto a pedradas por el populacho desencantado. Los españoles matamos algo más que el poder indio: matamos la magia que lo rodeaba. Moctezuma no luchó. Guatemuz se batió como un héroe, sea dicho en su honor.

Capturado junto con sus capitanes y llevado ante Cortés un día 13 de agosto, a hora de vísperas, el día de San Hipólito y en el año de 1521, el Guatemuz dijo que él había hecho en defensa de su pueblo y vasallos todo lo que estaba obligado a hacer por pundonor y también (añadió) por pasión, fuerza y convicción. «Y pues vengo por fuerza y preso —le dijo entonces a Cortés— ante tu persona y poder, toma luego este puñal que traes en la cintura y márame luego con él.»

Este indio joven y valiente, el último emperador de los aztecas, empezó a llorar pero Cortés le contestó que por haber sido tan valiente que viniera en paz a la ciudad caída y que mandase en México y en sus provincias como antes lo solía hacer.

Yo sé todo esto porque fui el traductor en la entrevista de Cortés con Guatemuz, que no podían comprenderse entre sí. Traduje a mi antojo. No le comuniqué al príncipe vencido lo que Cortés realmente le dijo,

sino que puse en boca de nuestro jefe una amenaza: —Serás mi prisionero, hoy mismo te torturaré, quemándote los pies igual que a tus compañeros, hasta que confeses dónde está el resto del tesoro de tu tío Moctezuma (la parte que no fue a dar a manos de los piratas franceses).

Añadí, inventando por mi cuenta y burlándome de Cortés: —No podrás caminar nunca más, pero me acompañarás en mis futuras conquistas, baldado y lloroso, como símbolo de la continuidad y fuente de legitimidad para mi empresa, cuyas banderas, bien altas, son oro y fama, poder y religión.

Traduje, traicioné, inventé. En el acto se secó el llanto del Guatemuz y en vez de lágrimas, por una mejilla le rodó el oro y por la otra la plata, surcándolas como cuchilladas y dejando para siempre en ellas una herida que, ojalá, la muerte haya cicatrizado.

Yo, desde la mía, recuerdo aquella víspera de San Hipólito, consignada por Bernal Díaz como una eterna noche de lluvia y relámpagos, y me descubro ante la posteridad y la muerte como un falsario, un traidor a mi capitán Cortés que en vez de hacer un ofrecimiento de paz al príncipe caído, lo hizo de crueldad, de opresión continuada y sin piedad, y de vergüenza eterna para el vencido.

Mas como así sucedió en efecto, convirtiéndose mis falsas palabras en realidad, ¿no tuve razón en traducir al revés al capitán y decirle, con mis mentiras, la verdad al azteca? ¿O fueron mis palabras, acaso, un mero trueque y no fui yo sino el intermediario (el traductor) y el resorte de una fatalidad que transformó el engaño en verdad?

Sólo confirmé, aquella noche de San Hipólito, jugando el papel de lengua entre el conquistador y el vencido, el poder de las palabras cuando las impulsa, como en este caso, la imaginación enemiga, la advertencia implícita en el sesgo crítico del verbo cuando es verdadero, y el conocimiento que yo había adquirido del alma de mi capitán, Hernán Cortés, mezcla deslumbrante de razón y quimera, de voluntad y flaquezas, de escepticismo y de candor fabuloso, de fortuna y mal hado, de gallardía y burias, de virtud y maldad, pues todo esto fue el hombre de Extremadura y conquistador de México, a quien yo acompañé desde Yucatán hasta la corte de Moctezuma.

Tales son, sin embargo, los poderes de la quimera y la buria, de la

maldad y la fortuna cuando no casan bien sino que se confían de las palabras para existir, que la historia del último rey Guatemuz se resolvió, no en el cauce del poder prometido por Cortés, ni en el honor con que se rindió el indio, sino en una comedia cruel, la misma que yo inventé y volví fatal con mis mentiras. El joven emperador fue el rey de burlas, arrastrado sin pies por la carroza del vencedor, coronado de nopales y al cabo colgado de cabeza, desde las ramas de una ceiba sagrada, como un animal cazado. Sucedió exactamente lo que yo, mentrosamente, inventé.

Por todo ello no duermo en paz. Las posibilidades incumplidas, las alternativas de la libertad, me quitan el sueño.

La culpable fue una mujer.

7

Entre todas las novedades producidas por mi capitán don Hernán Cortés para impresionar a los indios —fuego de arcabuces, espadas de hierro, abalorios de cristal— ninguna importó tanto como los caballos de la Conquistista. Una escopeta lanza un estallido que se desvanece en humo; una tizona puede ser vencida por una espada india de dos manos; el vidrio engaña, pero la esmeralda también. En cambio, el caballo es, está allí, tiene vida propia, se mueve, tiene la suma de poder del nervio, el lustre, el músculo, el bello babeante y las pezuñas como alianza del terreno, resortes del trueno y gemelas del acero. Los ojos hipnóticos. El jinete que la monta y desmonta, añadiendo a la metamorfosis perpetua de la bestia vista ahora y jamás imaginada antes, no digamos por los indios, ni siquiera por uno solo de sus dioses.

—¿Será el caballo el sueño de un dios que nunca nos comunicó su pesadilla secreta?

Nunca pudo un indio encontrar la manera de vencer a un jinete castellano armado y éste es el verdadero secreto de la Conquistista, no sueño o profecía alguna. Cortés explotó hasta el límite a su menguada caballería, no sólo en el ataque o en la carrera de combate a campo traviesa, sino en cabalgatas especialmente preparadas a orillas del mar, donde los

corceles parecían agitar las olas —al grado de que nosotros mismos, los españoles, imaginamos que estas costas, sin caballos, serían plácidas como un espejo de agua.

Miramos con asombro una fraternidad nunca pensada entre la espuma de los océanos y la espuma de los hocicos.

Y cuando el capitán Cortés quiso asombrar en Tabasco a los enviados del Gran Moctezuma, juntó a un garrañón con una yegua en celo y los escondió, instruyéndome a mí mismo para que los hiciera relinchar en el momento oportuno. Los enviados del Rey jamás habían escuchado ese ruido y sucumbieron, espantados, a los poderes del *Teñil* o Dios español, como lo llamaron a Cortés desde entonces.

Lo cierto es que ni yo, ni nadie, había escuchado salir del silencio un relincho que, despojado de sus cuerpos, revelara el deseo animal, la lujuria bestial, con tan cruda fuerza. El teatro de mi capitán se superó a sí mismo y nos impresionó a los propios españoles. Nos hizo, un poco, sentirnos bestias a todos...

Pero los emisarios del Gran Moctezuma habían visto, además, todos los portentos de ese Año previsto por sus magos para el regreso de un dios rubio y barbado. Nuestras maravillas —los caballos, los cañones— sólo confirmaron las que ellos traían en la mirada:

Cometas a mediodía, aguas en llamas, torres desplomadas, griterío nocturno de mujeres errantes, niños secuestrados por el aire...

Hérelas aquí que llega en ese preciso instante don Hernán Cortés blanco como los inviernos en la sierra de Gredos, duro como la tierra de Medellín y Trujillo, y con una barba más vieja que él. Que esperan el regreso de los dioses y en cambio les cae gente como Rodrigo Jara el covado o Juan Pérez que mató a su mujer llamada La Hija de la Vaquería, o Pedro Perón de Toledo, de turbulenta descendencia, o un tal Izquierdo natural de Castromocho. Vaya dioses, que hasta en la tumba me carcajeo de pensarlo.

Una imagen me corta la risa. Es el caballo.

Pues hasta Valladolid El Gordo se veía bien a caballo; digo: inspiraba respeto y asombro. La mortalidad del hombre era salvada por la inmortalidad del caballo. Con razón Cortés nos dijo desde la primera hora:

—Enterramos a los muertos de noche y en sigilo. Que nuestros enemigos nos crean inmortales.

Cafa el jinete; nunca, el corcel. Nunca, el castaño zaino de Cortés, ni la yegua rucia de buena carrera de Alonso Hernández, ni el alazán de Montejo, ni el overo, labrado de las manos, de Morán. No fuimos, pues, sólo hombres quienes entramos a la Gran Tenochtitlán en el 3 de noviembre de 1520, sino centauros: seres mitológicos, con dos cabezas y seis patas, armados de trueno y vestidos de roca. Y además, gracias a las coincidencias del calendario, confundidos con el dios que regresaba, Quetzalcóatl.

Con razón Moctezuma nos recibió, de pie, en la mitad de la calzada que unía al valle con la ciudad lacustre, diciendo:

—Bienvenidos. Han llegado a su casa. Ahora descansen.

Nadie, entre nosotros, ni en el Viejo ni en el Nuevo Mundo, había visto ciudad más espléndida que la capital de Moctezuma, los canales, las canoas, las torres y amplias plazas, los mercados tan bien abastecidos, y las novedades que mostraban, jamás vistas por nosotros ni mencionadas en la Biblia: el tomate y el pavo, el ají y el chocolate, el maíz y la patata, el tabaco y el alcohol del agave; esmeraldas, jades, oro y plata en abundancia, obrajes de pluma y suaves cánticos adoloridos...

Lindas mujeres, recámaras bien barridas, patios llenos de aves, y jaulas repletas de tigres; jardines y enanos albinos a nuestro servicio. Como Alejandro en Capua, nos amenazaban las delicias del triunfo. Éramos recompensados por nuestro esfuerzo. Los caballos eran bien cuidados.

Hasta que una mañana, estando Moctezuma, el gran rey que con tanta hospitalidad nos había recibido en su ciudad y en su palacio, rodeado de todos nosotros en una recámara real, sucedió algo que cambió el curso de nuestra empresa.

Pedro de Alvarado, el audaz y galante, cruel y sinvergüenza lugarteniente de Cortés, era rojo de cabellera y barba, razón por la cual los indios lo llamaban El Tonatio, que quiere decir El Sol. Simpático y caradura, El Tonatio tenía entretenido al rey Moctezuma en un juego de dados —otra novedad para estos indios— y el monarca se encontraba distraído e incapaz, por el momento, de adivinar su suerte más allá de la siguiente tirada de dados, aun cuando le hiciera trampa, como en ese mo-

mento, el irreprimible Alvarado. Se veía irritado el Rey, porque solía cambiar de ropas varias veces al día y en éste sus doncellas andaban retrasadas y la túnica ya le hedía o picaba, vaya usted a saber...

Here aquí que en ese momento cuatro famemes o cargadores indios entran al aposento, seguidos por el alboroto natural de nuestra guardia, y con impasible ademán dejan caer frente a Cortés y el Emperador la cabeza cortada de un caballo.

Fue entonces que la segunda lengua del conquistador, una princesa esclava de Tabasco bautizada doña Marina, pero apodada La Malinche, interpretó velozmente a los mensajeros que, llegados de la costa, traían noticia de un levantamiento de mexicanos en Veracruz contra la guarnición dejada allí por Cortés. La tropa azteca logró matar a Juan de Escalante, alguacil mayor del puerto, y a seis españoles.

Sobre todo, mataron al caballo. Aquí estaba la prueba.

Noté que Alvarado se quedó con la mano llena de dados en el aire, mirando los ojos vidriosos, entrecabiertos, del caballo, como si en ellos se reconociera y como si en el cuello cortado a pedernal, como con rabia, el rabioso y colorado capitán advirtiese su propio final.

Moctezuma perdió interés en el juego, encogiéndose un poco de hombros, y miró fijamente la cabeza del caballo. Su elocuente mirada, empero, nos decía en silencio a los españoles: —¿De manera que sois teúles? Mirad la mortalidad de vuestros poderes, entonces. ¿Son ustedes dioses o no? ¿Mortales o inmortales? ¿Qué me conviene más a mí? Veo una cabeza cortada de caballo, y, me digo, en verdad que soy yo el que tiene el poder de vida o muerte sobre vosotros.

Cortés, en cambio, se quedó mirando a Moctezuma con una cara de traición tal que yo sólo pude leer en ella lo que nuestro capitán quería ver en la del Rey.

Jamás he sentido que tantas cosas eran dichas sin pronunciar palabra, pues Moctezuma, acercándose en actitud devota, casi humillada, a la cabeza del caballo, decía sin decir nada que así como el caballo murió podían morir los españoles, si él lo decidía; y él lo decidiría, si los extranjeros no se retiraban en paz. Los dioses habían regresado, cumpliendo la profecía. Ahora debían retirarse a fin de que los reinos se gobernasen solos, con voluntad renovada de honrar a los dioses.

Cortés, sin decir palabra, le advertía al Rey que no le convenía comenzar una guerra que acabaría destruyéndoles a él y a su ciudad.

Pedro de Alvarado, que no sabía de discursos sutiles, dichos o no dichos, arrojó con violencia los dados contra la cara de la espantosa divinidad que presidía el aposento, la diosa llamada de la falda de serpientes, pero antes de que pudiera decir nada, Cortés se adelantó y le ordenó al Rey dejar su palacio y venirse a vivir al de los españoles. Nuestro capitán había leído la amenaza, pero también la duda, en los movimientos y el rostro de Moctezuma.

—Si alboroto o voces dais, seréis muerto por mis capitanes —dijo con tono parejo Cortés, impresionando más a Moctezuma con ello que la furia física de Alvarado. Sin embargo, a su espanto y desmayo iniciales, respondió el Rey quitándose del brazo y muñeca el sello de Huichilobos, dios de la guerra, como si fuese a mandar nuestra carnicería; pero sólo se excusó:

—Nunca ordené el ataque en la Veracruz. Castigaré a mis capitanes por haberlo hecho.

Entraron las doncellas con las ropas nuevas. Parecían azoradas por el ambiente de fonda barata que hallaron. Moctezuma recuperó la dignidad y dijo que no saldría de su palacio. Alvarado se enfrentó entonces a Cortés:

—¿Qué haces con tantas palabras? O le llevamos preso o le daremos de estocadas.

Una vez más, fue la intérprete doña Marina la que decidió la contienda, aconsejándole con fuerza al Rey: —Señor Moctezuma, lo que yo os recomiendo es que vayáis luego con ellos a su aposento sin ruido alguno. Sé que os harán honra, como gran señor que sois. De otra manera, aquí quedarás muerto.

Ustedes entienden que esto se lo dijo la mujer al emperador por su propia iniciativa, no traduciendo a Cortés, sino hablando con fluidez la lengua mexicana de Moctezuma. El Rey parecía un animal acorralado, sólo que en vez de girar sobre cuatro patas, se tambaleaba sobre sus dos pies. Ofreció a sus hijos en rehenes. Repitió varias veces estas palabras: —«No me hagáis esta afrenta; ¡qué dirán mis principales si me ven llevar preso?; esta afrenta no.»

¿Era este ser pusilánime el gran señor que tenía sometidas por el terror a todas las tribus desde Xalisco hasta Nicaragua? ¿Era el déspota cruel que un día mandó matar a los que soñaban el fin de su reino, para que al morir los soñadores muriesen los sueños también? El enigma de la debilidad de Moctezuma ante los españoles sólo lo puedo entender mediante la explicación de las palabras. Llamado el Tlatoni o Señor de la Gran Voz, Moctezuma estaba perdiendo poco a poco el dominio sobre las palabras, más que sobre los hombres. Fue ésta, creo yo, la novedad que lo desconcertó, y doña Marina acababa de demostrarle, argumentando con él cara a cara, que las palabras del Rey ya no eran soberanas. Entonces, tampoco lo era él mismo. Otros, los extranjeros, pero también esta tabasqueña traidora, eran dueños de un vocabulario vedado por Moctezuma. ¿A cuántos más acabaría por extenderse el poder de la palabra?

En esta segunda oportunidad entre el dicho, el hecho y las consecuencias imprevisibles de ambos, vi la mía y esa noche, bajo manto de sigilo, le hablé en mexicano al Rey y le dije en secreto los peligros que acechaban a los españoles. ¿Sabía Moctezuma que el gobernador de Cuba había enviado una expedición a detener a Cortés, a quien consideraba un sublevado vil que actuaba sin autorización y digno, él mismo, de ser encarcelado, en vez de andar cogiendo prisionero a tan alto señor como Moctezuma, el igual tan sólo de otro rey, don Carlos, al que Cortés pretendía, sin credenciales, representar?

Repto estas palabras como las dije, de un solo tiro, sin aliento ni matiz ni sutileza, odiándome a mí mismo por mi traición pero, sobre todo, por mi inferioridad en las artes del disimulo, la treta y la pausa, en la que me excedían mis rivales, Cortés y La Malinche.

Terminé tan abruptamente como empecé, yéndome, como se dice, al grano:

—Esta expedición contra Cortés la encabeza Pánfilo de Narváez, un capitán tan esforzado como el propio Cortés, sólo que con cinco veces más hombres.

—¿Son cristianos también? —preguntó Moctezuma.

Le dije que sí, y que representaban al rey Carlos, de quien Cortés huía. Moctezuma me acarició la mano y me ofreció un anillo verde como un loro. Yo se lo regresé y le dije que mi amor por este pueblo era pre-

mio suficiente. El Rey me miró con incomprensión, como si él mismo jamás hubiese entendido que encabezaba a un conjunto de seres humanos. Me pregunté entonces y me pregunto ahora, ¿qué clase de poder creía tener Moctezuma, y sobre quiénes? Quizás sólo cumplía una pantomima frente a los dioses, agotándose en el esfuerzo de escucharles y hacerse oír de ellos. Pues no eran joyas ni caricias lo que ahí se trocaba, sino palabras que podían darle más fuerza a Moctezuma que todos los caballos y arcabuces de los españoles, si el rey azteca, tan sólo, se decidiese a hablarles a los hombres, su pueblo, en vez de a los dioses, su parteón.

Le di al Rey el secreto de la debilidad de Cortés, como doña Marina le había dado a Cortés el secreto de la debilidad azteca: la división, la discordia, la envidia, la pugna entre hermanos, que lo mismo afectaba a España que a México: una mitad del país perpetuamente muriéndose de la otra mitad.

6

Me asocié de este modo a la esperanza de una victoria indígena. Todos mis actos, ya lo habéis adivinado y yo os lo puedo decir desde mi sudario intangible, iban dirigidos a esta meta: el triunfo de los indios contra los españoles. Moctezuma desaprovechó, una vez más, la oportunidad. Se adelantó a los acontecimientos, se jactó ante Cortés de saberlo amenazado por Narváez, en vez de apresurarse a pactar con Narváez contra Cortés, derrotar al extremeño, y luego lanzar a la nación azteca contra el fatigado regimiento de Narváez. De esta manera, México se hubiera salvado...

Debo decir a estas alturas que siempre, en Moctezuma, la vanidad fue más fuerte que la astucia, aunque aún más fuerte que la vanidad, fue el sentimiento de que todo estaba predicho, por lo cual al Rey sólo le correspondía desempeñar el papel determinado por el ceremonial religioso y político. Esta fidelidad a las formas acarreada, en el espíritu del Rey, su propia recompensa. Así había sucedido siempre, ¿no era verdad?

Yo no supe decir que no, argumentar con él. Quizás mi vocabulario mexicano era insuficiente y desconocía las formas más sutiles del razo-

namiento filosófico y moral de los aztecas. Lo que sí quise fue frustrar el designio fatal, si tal cosa existía, mediante las palabras, la imaginación, la mentira. Pero cuando palabra, imaginación y mentira se confunden, su producto es la verdad...

El rey azteca esperaba que Cortés fuese vencido por la expedición punitiva del gobernador de Cuba, pero nada hizo para apresurar la derrota de nuestro capitán. Su certeza es comprensible. Si Cortés, con sólo quinientos hombres, había derrotado a los caciques de Tabasco y de Cempoala, así como a los ferros tlaxcaltecas, ¿cómo no iban a derrotarlo a él más de dos mil españoles armados también con fuego y caballos?

Más el habilísimo Cortés, acompañado de sus nuevos aliados indios, derrotó a la gente de Narváez y capturó a su jefe. Ved la ironía de este asunto: ahora teníamos dos prisioneros de enjundia, uno azteca y el otro español, Moctezuma y Narváez. ¿No tenían límite nuestras victorias?

—En verdad que no os entiendo —nos dijo, secuestrado, pero batiéndose muy regalado por sus lindas doncellas, el Gran Moctezuma. ¿Lo entendíamos nosotros a él?

Esta pregunta, lector, me obliga a una pausa reflexiva antes de que los acontecimientos, una vez más, se precipiten, siempre más veloces que la pluma del narrador, aunque en esta ocasión se escriban desde la muerte.

Moctezuma: ¿Entendíamos hasta qué grado le era ajena la práctica política engañosa, y familiar, en cambio, la vecindad de un mundo religioso impenetrable para los europeos? Impenetrable por olvidado: nuestro contacto con Dios y sus emanaciones primeras se había perdido hacía muchísimo tiempo. En esto sí que se parecían Moctezuma y su pueblo, sin saberlo ni él ni éste: los humedecía aún el barro de la creación, la proximidad de los dioses.

¿Lo entendíamos, cobijado como estaba en otro tiempo, el del origen, que para él era tiempo actual, inmediato, refugio y amenaza portentosos?

Comparélo con bestia acorralada. Más bien, este hombre refinado se me parece, ahora que la muerte nos iguala, no sólo como el individuo escrupuloso y de infinitas cortesías que conocimos al entrar a México, sino como el primer hombre, siempre el primero, azorado de que el mundo

existiese y la luz avanzara diariamente antes de dispersarse en la crueldad de cada noche. Su obligación consistía en ser siempre, en nombre de todos, ese primer hombre que pregunta:

—¿Volverá a amanecer?

Ésta era una pregunta más urgente para Moctezuma y los aztecas, que saber si Narváez derrotaba a Cortés, Cortés a Narváez, los tlaxcaltecas a Cortés, o si Moctezuma sucumbía ante todos ellos: con tal de que no sucumbiese ante los dioses.

¿Volvería a llover, a crecer el maíz, a correr el río, a bramar la fiera?

Todo el poder, la elegancia, la lejanía misma de Moctezuma, eran el disfraz de un hombre recién llegado a las regiones de la aurora. Era teso del primer grito y el primer terror. Miedo y gratitud de ser se confundían en él, detrás del aparato de penachos y collares, doncellas, caballeros tigres y sacerdotes sangrientos.

Una mujer indígena como él, Marina, fue quien en realidad lo venció desde su tierra, aunque con dos lenguas. Fue ella la que le reveló a Cortés que el imperio azteca estaba dividido, los pueblos sujetos a Moctezuma lo odiaban, pero también se odiaban entre sí y los españoles podían pescar en el río revuelto; fue ella la que entendió el secreto que unía a nuestras dos tierras, el odio fratricida, la división, ya lo dije: dos países, cada uno muriéndose de la otra mitad...

Demasiado tarde, pues, le comuniqué a Moctezuma que Cortés también era odiado y asediado desde una España imperial tan contenciosa como el imperio mexicano que estaba conquistando.

Me olvidé de dos cosas.

Cortés escuchaba a Marina no sólo como lengua, sino como amante. Y como lengua y amante, prestaba atención a las voces humanas de esta tierra. Moctezuma sólo escuchaba a los dioses; yo no lo era; y la atención que me prestaba era una manifestación más de su cortesía, rica como una esmeralda, pero, volátil como la voz de un loro.

Yo, que también poseía las dos voces, las de Europa y América, había sido derrotado. Pues tenía también dos patrias; y ésta, quizás, fue mi debilidad más que mi fuerza. Marina, *La Malinche*, acarrea el dolor y el rencor profundos, pero también la esperanza, de su estado; tuvo que jugarse toda entera para salvar la vida y tener descendencia. Su arma fue

la misma que la mía: la lengua. Pero yo me encontraba dividido entre España y el Nuevo Mundo. Yo conocía las dos orillas.

Marina no pudo entregarse entera al Nuevo Mundo, no a su pasado sometido, cierto, sino a su futuro ambiguo, incierto y por ello, invicto. Acaso merecí mi derrota. No pude salvar, contándole un secreto, una verdad, una infidencia, al pobre rey de mi patria adoptiva, México.

Luego vino la derrota que ya conté.

5

Doña Marina y yo nos medimos, verdaderamente, en el drama de Cholula. No siempre poseí el idioma mexicano. Mi ventaja inicial era saber español y maya, después de mi larga temporada entre los indios de Yucatán. Doña Marina —La Malinche— sólo hablaba maya y mexicano cuando le fue entregada como esclava a Cortés. De modo que durante un tiempo yo era el único que podía traducir al idioma de Castilla. Los mayas de la costa me decían lo que yo traducía al español, o se lo decían a La Malinche, pero ella dependía de mí para hacerle saber a Cortés. O bien, los mexicanos le decían a la mujer las cosas que ella me decía a mí en maya para que yo las tradujera al español. Y aunque ésta era ya una ventaja para ella, pues podía inventar lo que quisiera al pasar del náhuatl al maya, yo seguía siendo el amo de la lengua. La versión castellana que llegaba a oídos del conquistador, era siempre la mía.

Llegamos entonces a Cholula, después de las vicisitudes de la costa, la fundación de la Veracruz, la toma de Cempoala y su cacique gordo, quien nos reveló, bufando, desde su litera, que los pueblos sometidos se unirían a nosotros contra Moctezuma. Llegamos tras de nuestro combate con los altivos tlaxcaltecas, que aunque enemigos mortales de Moctezuma, no querían cambiar el poder de México por la nueva opresión de los españoles.

Se dirá durante siglos que la culpa de todo la tienen siempre los tlaxcaltecas; el orgullo y la traición pueden ser feales compañeros, disimulándose entre sí. El hecho es que, presentándose con los batallones de los feroces guerreros de Tlaxcala ante las puertas de Cholula, Cortés y nues-

tra pequeña banda española fuimos detenidos por los sacerdotes de esos santos lugares, ya que Cholula era el panteón de todos los dioses de estas tierras, admitidos como en Roma, sin distinción de origen, en el gran templo colectivo de las divinidades. Los cholultecas levantaron para ello la pirámide más grande de todas, un panel de siete estructuras contenidas una dentro de la otra y comunicadas entre sí por hondos laberintos de reverberaciones rojas y amarillas.

Yo ya sabía que en esta tierra todo lo rigen los astros, el Sol y la Luna, Venus que es preciosa gemela de sí misma en la aurora y el crepúsculo, y un calendario que da cuenta exacta del año agrícola y sus 360 días de bonanza, más cinco días aciagos: los días enmascarados.

En uno de estos debimos llegar allí los españoles, pues mandando por delante a la hueste de Tlaxcala, nos topamos con un valladar de sacerdotes vestidos de negro, negras túnicas, negras cabelleras, pieles prietas, todo negro como los lobos nocturnos de estas comarcas, y con un solo brillo encendido en los mechones, los ojos y las togas, que era el lustre de la sangre como un sudor pegajoso y brillante, propio de su oficio.

Alto y recio hablaron estos papas, negando la entrada de los violentos tlaxcaltecas, a lo cual accedió Cortés, pero a cambio de que los de Cholula presto abandonaran a sus ídolos.

—¡Aún no entran y ya nos piden traicionar a los dioses! —exclamaron los papas, con un tono difícil de definir, entre lamento y desafío, entre suspiro y cólera, entre fatalidad y disimulo, como si estuvieran dispuestos a morir por sus divinidades, pero resignándose, también, a darlas por perdidas.

Todo esto lo tradujo del mexicano al español La Malinche, y yo, Jerónimo de Aguilar, el primero entre todos los intérpretes, me quedé en una suerte de limbo, esperando mi turno para traducir al castellano hasta que, aturcido acaso por los insoportables hedores de sangre embarrada y copal sahumante, mierda de caballo andaluz, sudores excedentes de Cáceres, cocinas disímiles de ají y tocino, de ajo y guajolote, indistinguibles de la cocina sacrificial que despedía sus humos y salmodias desde la pirámide, aturcido por todo ello, digo, me di cuenta de que Jerónimo de Aguilar ya no hacía falta, la hembra diabólica lo estaba traduciendo todo, la tal Marina hideputa y puta ella misma había aprendido a hablar el es-

pañol, la malandrina, la mohatrera, la experta en mamonas, la coima del conquistador, me había arrebatado mi singularidad profesional, mi insustituible función, vamos, por acuñar un vocablo, mi *monopolio* de la lengua castellana... La Malinche le había arrancado la lengua española al sexo de Cortés, se la había chupado, se la había *castrado* sin que él lo supiera, confundiendo la mutilación con el placer...

Ya no era, esta lengua, sólo mía. Ahora era de ella y esa noche me torturé, en mi propia soledad resguardada dentro del clamor de Cholula con su gente apiñonada en calles y azoteas viéndonos pasar con caballos y escopetas y cascos y barbas, imaginando las noches de amor del extremo y su barragana, el cuerpo de ella, lampiño y canela, con los rostros excitables con los que estas mujeres embisten y el recogido y profundo sexo que esconden, escaso en vello, abundante en jugos, entre sus anchas caderas; imaginé la tersura inigualable de los muslos de india, acostumbreados a que les escurra el agua y les lave las costras del tiempo, el pasado y el dolor que se emplastan entre las piernas de nuestras madres españolas. Lisura de hembra, la imaginé en mi soledad, recordándolos hoyuelos por donde mi señor don Hernán Cortés ha metido los dedos, la lengua y la verga, atrapados aquellos entre anillos para la hora del saqueo y manoplas para la hora de la guerra: las manos del conquistador, entre la joya y el ferro, uñas de metal, yemas de sangre y líneas de fuego: fortuna, amor, inteligencia en llamas, guiando hacia el nispero perfumado de la india primero el sexo enfundado en una barba pública que debe ser huraña como la vegetación de Extremadura y un par de cojones que me imagino tensos, duros, como las pelotas de nuestros arcabuces.

Pero el sexo de Cortés resultaba menos sexual al cabo que su boca y su barba, esa barba que parece demasiado antigua para un hombre de treinta y cuatro años, como si se la hubieran heredado, desde los tiempos de Viriato y sus bosques de heno incendiado contra el invasor romano, desde los tiempos de la asediada ciudad de Numancia y sus escudrones vestidos de luto, desde los tiempos de Pelayo y sus lanzas hechas de pura bruma asturiana: una barba más vieja que el hombre sobre cuyas quijadas crecía. Quizás los mexicanos tenían razón y el imberbe Cortés se ponía, prestada, la luenga barba del mismísimo dios Quetzalcóatl, con el cual le confundieron estos naturales...

Lo más terrible, lo escandaloso, sin embargo, no era el sexo de Cortés, sino que desde el fondo del bosque, del luto, de la bruma, emergiese la lengua, que era el sexo verdadero del conquistador, y se la clavase en la boca a la india, con más fuerza, más germen y más gravedad; ¡Dios mío, déjelo!, ¡sufo, Señor!, con más fecundidad que el propio sexo. Lengua corbacho, fustigante, dura y dúctil a la vez: pobre de mí, Jerónimo de Aguilár, muerto todo este tiempo, con la lengua cortada a la mitad, bifida, como la serpiente emplumada. ¿Quién soy, para qué sirvo?

4

Dijeron los de Cholula que podíamos entrar sin los tlaxcaltecas; que a sus dioses no podían renunciar; pero que con gusto obedecerían al rey de España. Lo dijeron a través de La Malinche, que lo tradujo del mexicano al español mientras yo me quedaba como un soberano papanatas, meditando sobre el siguiente paso para recuperar mi dignidad maltrachada. (Me quedo corto: la lengua era más que la dignidad, era el poder; y más que el poder, era la vida misma que animaba mis propósitos, mi propia empresa de descubrimiento, único, sorprendente, irrepetible...) Pero como no podía acostarme con Cortés, mejor se me ocurrió devolverle al diablo el hato y el garabato y decidir que por esta vez, la muerte no se asustaría de la degollada.

Los primeros días, los cholulecas nos dieron comida y fardaje abundantemente. Mas sucedió que luego comenzaron a faltar los viveres y los de Cholula a hacerse los necios y rejeigos y yo a mirar a doña Marina con sospechas y ella a mí inmutable, apoyada en su intimidad carnal con nuestro capitán.

Una nube perpetua se cernía sobre la ciudad sagrada: el humo se volvió tan espeso que no pudimos ver las cimas de los templos, ni la proximidad de las calles. La cabeza y los pies de Cholula se disolvieron en la niebla, siendo imposible saber si ésta provenía, como dije al llegar, de los escanos de la pirámide, de los culos de los caballos o de las entrañas de los montes. La rareza es que Cholula está en llano, pero ahora nada lo era aquí, sino que todo parecía insondable y abrupto.

Ved así cómo las palabras transformaban hasta el paisaje, pues la nueva geografía de Cholula no era sino el reflejo del sinuoso combate de palabras, abismal a veces como una barranca, abrupto otras, como un monte de espinas; rumoroso y sedante como un gran río, o agitado y ruidoso como un océano que arrastrase piedras sueltas: un griterío de sirnas heridas por la marea.

Yo les dije a los papas: He vivido ocho años en Yucatán. Allí tengo a mis verdaderos amigos. Si los abandoné, fue para seguir a estos dioses blancos y averiguar sus secretos, pues ellos no vienen en son de hermandad, sino a sujetar esta tierra y quebrar vuestros dioses.

Oídme bien, les dije a los sacerdotes: estos extranjeritos sí son dioses, pero son dioses enemigos de los vuestros.

Yo le dije a Cortés: No hay peligro. Están convencidos de que somos dioses y como tales nos honrarán.

Cortés dijo: ¡Entonces por qué nos niegan la comida y el forraje? Marina le dijo a Cortés: La ciudad está llena de estacas muy agudas para matar a tus caballos si los lanzas a correr; precáveté, señor; las azoteas están llenas de piedras y mamparas de adobes y albarradas de maderos gruesos las calles.

Yo les dije a los papas: Son dioses malos, pero dioses al cabo. No les hace falta comer.

Los papas me dijeron: ¿Cómo que no comen? ¿Pues qué clase de dioses serán? Los teúles comen. Exigen sacrificios.

Yo insistí: Son teúles distintos. No quieren sacrificio.

Lo dije y me mordí la lengua, pues vi en mi argumento una inadvirtente justificación de la religión cristiana. Los papas se miraron entre sí y yo sufrí un escalofrío. Se habían dado cuenta. Los dioses aztecas exigen el sacrificio de los hombres. El dios cristiano, clavado en la cruz, se sacrificaba a sí mismo. Los papas miraron el crucifijo levantado a la entrada de la casa tomada por los españoles y sintieron que su razón se les venía abajo. Yo, en ese momento, hubiera cambiado gustoso el lugar con Jesús crucificado, aceptando sus heridas, con tal de que este pueblo no hiciese el trueque invencible entre una religión que pedía el sacrificio humano y otra que otorgaba el sacrificio divino.

No hay peligro, le dije a Cortés, sabiendo que lo había.

Hay peligro, le dijo Marina a Cortés, sabiendo que no lo habla.

Yo quería perder al conquistador para que nunca llegara a las puertas de la Gran Tenochtitlán: que Cholula fuese su tumba, el final de su audaz jornada.

Marina quería un escarmiento contra Cholula para excluir futuras traiciones. Ella tenía que inventar el peligro. Trajo a cuento el testimonio de una vieja y de su hijo, que aseguraron que una gran celada se preparaba contra los españoles y que los indios tenían aparejadas las ollas con sal, ají y tomates para hartarse de nuestras carnes. ¿Es cierto, o inventaba doña Marina tanto como yo?

No hay peligro, le dije a Cortés y a Marina.

Hay peligro, nos dijo Marina a todos.

Esa noche, la matanza española cayó sobre la Ciudad de los Dioses a la señal de una escopeta, y los que no sucumbieron atravesados por nuestras espadas o despedazados por nuestros arcabuces, se quemaron vivos y los tlaxcaltecas, cuando entraron, cruzaron la ciudad como una pestilencia bárbara, robando y violando, sin que los pudiéramos detener.

No quedó en Cholula ídolo de pie ni altar incólume. Los 365 adoratorios indios fueron encalados para desterrar a los demonios y dedicados a 365 santos, vírgenes y mártires de nuestro santoral, pasando para siempre al servicio de Dios Nuestro Señor.

El castigo de Cholula presto fue sabido en todas las provincias de México. En la duda, los españoles optarian por la fuerza.

Mi derrota, menos conocida, la consigno hoy aquí.

Pues entonces entendí que, en la duda, Cortés le creería a La Malinche, su mujer, y no a mí, su coteráneo.

3

No siempre fue así. En las costas de Tabasco, yo fui la única lengua. Con qué alegría recuerdo nuestro desembarco en Champotón, cuando Cortés dependía totalmente de mí y nuestras almadías cursaron el río frente a los escuadrones indios alineados en las orillas y Cortés proclamó

en español que veníamos en paz, como hermanos, mientras yo traducía al maya, pero también al idioma de las sombras:

—¡Mientel Viene a conquistarnos, defiéndanse, no le crean...

¡Qué impunidad la mía, cómo me regocija recordarla desde el lecho de una eternidad aún más sombría que mi traición!

—¡Somos hermanos!

—¡Somos enemigos!

—¡Venimos en paz!

—¡Venimos en guerra!

Nadie, nadie en la espesura de Tabasco, su río, su selva, sus raíces hundidas para siempre en la oscuridad donde sólo las guacamayas parecen tocadas por el sol, Tabasco del primer día de la creación, cuna del silencio roto por el chirrido del pájaro. Tabasco eco de la aurora inicial: nadie allí, digo, podía saber que traduciendo al conquistador yo mentía y sin embargo yo decía la verdad.

Las palabras de paz de Hernán Cortés, traducidas por mí al vocabulario de la guerra, provocaron una lluvia de flechas indias. Desconcertado, el capitán vio el cielo herido por las flechas y reaccionó empuñando el combate sobre las orillas mismas del río... Al desembarcar, perdí una alpargata en el lodo y por recuperársela yo mismo recibí un flechazo en el muslo; catorce españoles fueron heridos, en gran medida gracias a mí, pero dieciocho indios cayeron muertos... Allí dormimos aquella noche, tras de la victoria que yo no quise, con grandes velas y escuchas, sobre la tierra mojada, y si mis sueños fueron inquietos, pues los indios a los que lancé al combate habían sido derrotados, también fueron placenteros, pues comprobé mi poder para decidir la paz o la guerra gracias a la posesión de las palabras.

Necio de mí: Viví en un falso paraíso en el cual, por un instante, la lengua y el poder coincidieron para mi fortuna, pues al unirme yo en Yucatán a los españoles, el anterior intérprete, un indio bizzo llamado Melchorejo, me dijo al oído, como si adivinase mis intenciones:

—Son invencibles. Hablan con los animales.

A la mañana siguiente, el tal Melchorejo había desaparecido, dejando sus ropas españolas colgadas de la misma ceiba donde Cortés, para significar la posesión española, había dado tres cuchilladas.

3923 100K

Alguien vio al primer intérprete huir desnudo en una canoa. Yo me quedé pensando en lo que dijo. Todos dirían que los españoles eran dioses y con los dioses hablaban. Sólo Melchorejo advinó que su fuerza era hablar con los caballos. ¿Estaría en lo cierto?

Días más tarde, los caciques derrotados de esta región nos entregaron veinte mujeres como esclavas a los españoles. Una de ellas llamó mi atención, no sólo por su belleza, sino por su altivez que se imponía no sólo a las otras esclavas, sino a los propios caciques. Es decir, que tenía lo que se llama mucho ser y mandaba absolutamente.

Nuestras miradas se cruzaron y yo le dije sin hablar, sé mía, yo hablo tu lengua maya y quiero a tu pueblo, no sé cómo combatir la fatalidad de cuanto ocurre, no puedo impedirlo, pero acaso tú y yo juntos, india y español, podamos salvar algo, si nos ponemos de acuerdo y sobre todo, si nos queremos un poco...

—¿Quieres que te enseñe a hablar la castilla? —le pregunté.

La sangre me pulsaba cerca de ella; uno de esos casos en los que la simple vista provoca el placer y la excitación, aumentadas, quizás, porque volvía a usar bragas españolas por primera vez en mucho tiempo, después de andar con camisa suelta y nada debajo, dejando que el calor y la brisa me ventilaran libremente los cojones. Ahora la tela me acariciaba y el cuero me apretaba y la mirada me enganchara a la mujer que ví como mi pareja ideal para hacerle frente a lo que ocurría. Imaginé que juntos podríamos cambiar el curso de las cosas.

Se llamaba Malintzin, que quiere decir «Penitencia».

Ese mismo día el mercedario Olmedo la bautizó «Marina», convirtiéndola en la primera cristiana de la Nueva España.

Pero su pueblo le puso «La Malinche», la traidora.

Le hablé. No me contestó nada. Me dejó, sin embargo, admirarla.

—¿Quieres que te enseñe a hablar...?

Esa tarde de marzo del año 1519, ella se desnudó ante mí, entre los manglares, y un coro simultáneo de colibríes, libélulas, serpientes de cascabel, lagartos y perros lampiños, se desató en torno a su desnudez transfigurada, pues la india cautiva, en ese instante, era esbelta y abultada, grávida y etérea, animal y humana, loca y razonable. Era todo esto, como si fuese no sólo inseparable de la tierra que la rodeaba, sino su resumen

y símbolo. Y también como si me dijera que lo que esa noche yo veía, no lo vería nunca más. Se desnudó para negarse.

Soñé toda la noche con su nombre, Marina, Malintzin, soñé con un hijo nuestro, soñé que juntos ella y yo, Marina y Jerónimo, dueños de las lenguas, seríamos también dueños de las tierras, pareja invencible porque entendíamos las dos voces de México, la de los hombres pero también la de los dioses.

La imaginé revolcándose entre mis sábanas.

Al día siguiente, Cortés la escogió como su concubina y su lengua. Yo ya era lo segundo para el capitán español. Lo primero, no podía serlo.

—Tú hablas español y maya —me dijo ella en la lengua de Yucatán—. Yo hablo maya y mexicano. Enseñame el español.

—Que te lo enseñe tu amo —le contesté con rencor.

Desde la tumba, os lo aseguro, vemos nuestros rencores como la parte más estéril de nuestras vidas. El rencor, y la envidia también, que es desgracia del bien ajeno, sigue de cerca al resentimiento como desgracia que hiere más al que lo sufre que a quien lo provoca. El celo no, que puede ser origen de agonías exquistas y excitaciones incomparables. La vanidad tampoco, pues es condición mortal que nos hermana a todos, gran igualadora de pobres y ricos, de fuertes y débiles. En ello, se parece a la crueldad que es lo mejor distribuido del mundo. Pero rencor y envidia —¿cómo iba yo a triunfar sobre quienes me los provocaban, él y ella, la pareja de la Conquista, Cortés y La Malinche, la pareja que pudimos ser ella y yo?—. Pobre Marina, abandonada al cabo por su conquistador, cargada con un hijo sin padre, estigmatizada por su pueblo con el mote de la traición y, sin embargo, por todo ello, madre y origen de una nación nueva, que acaso sólo podía nacer y crecer en contra de las cargas del abandono, la bastarda y la traición...

Pobre Malinche, pero rica Malinche también, que con su hombre determinó la historia pero que conmigo, el pobre soldado muerto de bubas que no de indios, no hubiese pasado del anonimato que rodeó a las indias barraganas de Francisco de Barco, natural de Ávila, o de Juan Álvarez Chico, natural de Fregenal...

¿Me rebajo demasiado a mí mismo? La muerte me autoriza a decir que me parece poco frente a la humillación y el fracaso que entonces sentí. Privado de la hembra deseada, la sustituí por el poder de la lengua. Mas ya habéis visto, hasta eso me lo quitó La Malinche, antes de que los gusanos me la merendaran para siempre.

La crueldad de Cortés fue refinada. Me encargó que, pues ella y yo hablábamos las lenguas indias, yo me encargara de comunicarle las verdades y misterios de nuestra santa religión. Jamás ha tenido el demonio catequizador más desgraciado.

2

Digo que hablo el español. Es hora de confesar que yo también debí aprenderlo de vuelta, pues en ocho años de vida entre los indios por poco lo pierdo. Ahora con la tropa de Cortés, redescubrí mi propia lengua, la que fluyó hacia mis labios desde los pechos de mi madre castellana, y en seguida aprendí el mexicano, para poder hablarle a los aztecas. La Malinche siempre se me adelantó.

La pregunta persistente, sin embargo, es otra: ¿Me redescubrí a mí mismo al regresar a la compañía y la lengua de los españoles?

Cuando me encontraron entre los indios de Yucatán, creyeron que yo mismo era un indio.

Así me vieron: Moreno, trasquilado, remo al hombro, calzando viejimas cotaras irreparables, manta vieja muy ruín y una tela para cubrir mis vergüenzas.

Así me vieron, pues: Tostado por el sol, la melena enredada y la barba cortada con flechas, mi sexo añoso e incierto bajo el taparrabos, mis viejos zapatos y mi lengua perdida.

Cortés, como era su costumbre, dictó órdenes precisas para sobrevolar toda duda u obstáculo. Me mandó dar de vestir camisa y jubón, zaragüelles, caperuza y alpargatas, y me mandó decir cómo había llegado hasta aquí. Se lo conté lo más sencillamente posible.

«Soy natural de Écija. Hace ocho años nos perdimos quince hombres más dos mujeres que íbamos del Darién a la isla de Santo Domingo.

Nuestros capitanes se pelearon entre sí por cuestiones de dinero, ya que llevábamos diez mil pesos en oro de Panamá a La Española y el navío, desgobernado, fue a estrellarse contra unos arrecifes en Los Alacranes. Mis compañeros y yo abandonamos a nuestros torpes e infieles jefes, tomandó el batel del mismo navío naufragado. Creímos coger la dirección de Cuba, pero las grandes corrientes nos echaron lejos de allí hacia esta tierra llamada Yucatán.»

No pude dejar de mirar, en ese instante, hacia un hombre con la cara labrada y horadadas las orejas y el bozo de abajo, rodado de mujer y tres niños, cuya mirada me suplicaba lo que yo ya sabía. Proseguí devolviendo la mirada a Cortés y mirando que él todo lo miraba.

«Llegamos aquí diez hombres. Nueve fueron matados y sólo sobreviví yo. ¿Por qué me dejaron a mí con vida? Me moriré sin saberlo. Hay misterios que más vale no cuestionar. Éste es uno de ellos... Imaginaos a un náufrago casi ahogado, desnudo y arrojado a una playa dura como la cal, con una sola choza y en ella un perro que al verme no ladró. Quizás eso me salvó, pues me acogí a ese refugio mientras el perro salía a ladras a mis compañeros, provocando así la alarma y el ataque de indios. Cuando me encontraron escondido en la choza, con el perro lamiéndome la mano, se rieron y dijeron cosas animadas. El perro movió gozoso la cola y fui llevado, no con honores, sino camaradería, al conjunto de chozas rústicas levantadas al lado de las grandes construcciones piramidales, ahora cubiertas de vegetación...»

«Desde entonces he sido útil. He ayudado a construir. Les he ayudado a plantar sus pobres cultivos. Y en cambio, yo planté las semillas de un naranjo que venían, junto con un saco de trigo y una barrica de tinto, en el batel que nos arrojó a estas costas.»

Me preguntó Cortés por los otros compañeros, mirando fijamente al indio de cara labrada acompañado de una mujer y tres niños.

—No me has dicho qué pasó con tus compañeros.

A fin de distraer la insistente mirada de Cortés, proseguí mi relato, cosa que no deseaba hacer, por verme obligado a decir lo que entonces dije.

—Los caciques de estas comarcas nos repartieron entre sí.

—Eran diez. Sólo te veo a ti.

Volví a caer en la trampa:

—La mayoría fueron sacrificados a los ídolos.

—¿Y las dos mujeres?

—También se murieron porque las hacían moler y no estaban acostumbradas a pasársela de hinojos bajo el sol.

—¿Y tú?

—Me tienen por esclavo. No hago más que traer leña y cavar en los maces.

—¿Quieres venir con nosotros?

Esto me lo preguntó Cortés mirando otra vez al indio de cara labrada.

—Jeronimo de Aguilar, natural de Écija —espeté atropellado, para distraer la atención del capitán.

Cortés se acercó al indio de cara labrada, le sonrió y acarició la cabeza de uno de los niños, rizada y rubia a pesar de la piel oscura y los ojos negros:

—Cambalismo, esclavitud y costumbres bárbaras —dijo Cortés haciendo lo que digo—. ¿En esto queréis permanecer?

Mi afán era distraerle, llamar su atención. Por fortuna, en mi vieja manta traía guardada una de las naranjas, fruto del árbol que aquí plantamos Guerrero y yo. La mostré como si por un minuto yo fuese el rey deoros: tenía el sol en mis manos. ¡Hay imagen que mejor refrende nuestra identidad que un español comiendo una naranja? Mordí con alborozo la cáscara amarga, hasta que mis dientes desnudos encontraron la carne oculta de la naranja, ella, la mujer-fruta, la fruta-fémmina. El jugo me escurrió por la barbilla. Rei, como diciéndole a Cortés: —¿Quieres mejor prueba de que soy español?

El capitán no me contestó, pero alabó el hecho de que aquí crecieran naranjas. Me preguntó si nosotros las habíamos traído y yo, para distraerlo de su atención puesta en el irreconocible Guerrero le dije que sí, pero que en estas tierras la naranja se daba más grande, menos colorada y más agria, casi como una toronja. Dije a los mayas que le juntaran un saco de semillas de naranja al capitán español, pero él no renunció a su pertinaz pregunta, mirando al imperturbable Guerrero:

—¿En esto queréis permanecer?

Se lo dijo al de la cara labrada, pero yo me apresuré a contestar que

no, yo renunciaba a vivir entre paganos y me unía gozoso a la tropa española para erradicar toda costumbre o creencia nefanda e implantar aquí nuestra Santa Religión... Cortés se rió y dejó de acariciar la cabeza del niño. Me dijo entonces que pues yo hablaba la lengua de los naturales y un español ruin aunque comprensible, me uniría a él como su lengua para interpretar del español al maya y de éste a la lengua castellana. Le dio la espalda al indio de cara labrada.

Yo le había prometido a mi amigo Gonzalo Guerrero, el otro náhuatgo superviviente, no revelar su identidad. De todos modos era difícil penetrarla. La cara labrada y las orejas horadadas. La mujer india. Y los tres niños mestizos, que Cortés acarició y miró con tanta curiosidad retenida.

—Hernando Aguilar —me dijo Guerrero cuando llegaron los españoles—: Yo soy casado, tengo tres hijos, y aquí me tienen por cacique y capitán cuando hay guerras. Idos vos con Dios; pero yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí cuando me vean los españoles de esta manera? Y ya veis mis tres hijitos cuánto bonicos son, y gustosa mi hembra...

Esta también me increpó muy enojada, diciéndome que me largara ya con los españoles y dejara en paz a su marido...

No era otro mi propósito. Era indispensable que Gonzalo Guerrero permaneciese aquí, para que mi propia y grande empresa de descubrimiento y conquista se cumpliera. Pues desde que llegamos aquí, ocho años antes, Guerrero y yo nos deleitábamos viendo las grandes torres mayas de noche, cuando parecían regresar a la vida y revelar, a la luz de la luna, el primoroso trabajo de greguerías que Guerrero, original de Paños, decía haber visto en misquitas árabes y aun en la recién reconquistada Granada. Mas de día el sol blanqueaba hasta la ceguera a las grandes moles y la vida se concentraba en la minucia del fuego, la resina, el tinte y la lavandería, el llanto de los niños y el sávido sabor del venado crudo: la vida de la aldea que vivía a orillas de los templos muertos.

Entramos a esa vida naturalmente, porque no teníamos otro horizonte, es cierto, pero sobre todo porque la dulzura y dignidad de esta gente nos conquistó. Tenían tan poco y sin embargo no querían más. Nunca nos dijeron qué había sucedido con los pobladores de las espléndidas ciudades, parecidas a las bíblicas descripciones de la Babilonia, que

como centinelas vigilaban la minucia del quehacer diario en la aldea; nosotros sentimos que era un respeto como el que se le reserva a los muertos.

Sólo poco a poco nos dimos cuenta, pegando trozos de relatos aquí y allá a medida que aprendíamos la lengua de nuestros captores, que una vez hubo aquí grandes poderes que, como todos, dependían de la debilidad del pueblo y necesitaban, para vencerse de su propio poder, combatir a otras fuertes naciones. Pudimos deducir que las naciones indias se destruyeron entre sí en tanto que el débil pueblo, en cambio, sobrevivió, más fuerte que los poderosos. La grandeza del poder sucumbió; la pobreza de la gente sobrevivió. ¿Por qué? Tendremos tiempo de entenderlo.

Gonzalo Guerrero, como llevo dicho, se casó con india y tuvo tres hijos. Él era hombre de mar, y había trabajado en astilleros de Palos. De manera que cuando, un año antes de Cortés, vino a esta tierra la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, Guerrero organizó el contraataque de indios que causó, en las costas, el descalabro de la expedición. Gracias a ello fue elevado a cacique y capitán, convirtiéndose en parte de la organización defensiva de estos indios. Gracias a ello, también, determinó quedarse entre ellos cuando yo salí de allí con Cortés.

¿Por qué lo dejó Cortés, habiendo adivinado — todos sus gestos lo revelaban — que sabía de quién se trataba? Acaso, he pensado después, porque no quería cargar con un traidor. Pudo haberlo matado en el acto: pero entonces no hubiera contado con la paz y buena voluntad de los mayas de Catoche. Quizás pensó que era mejor abandonarlo a un destino sin destino: la guerra bárbara del sacrificio. A Cortés le gustaba, es cierto, aplazar las revanchas para saborearlas más.

En cambio, me llevó a mí con él, sin sospechar siquiera que el verdadero traidor era yo. Pues si yo me fui con Cortés y Guerrero se quedó en Yucatán, fue por común acuerdo. Queríamos asegurarnos, yo cerca de los extranjeros, Guerrero cerca de los naturales, que el mundo indio triunfase sobre el mundo europeo. Os diré, en resumen, y con el escaso aliento que me va quedando, por qué.

Mientras viví entre los mayas, permanecí célibe, como si esperase a una mujer que fuese perfectamente mía en complemento de carácter, pasión y cariño. Me enamoré de mi nuevo pueblo, de su sencillez para tra-

tar los asuntos de la vida, dando cauce natural a las necesidades diarias sin disminuir la importancia de las cosas graves. Sobre todo, cuidaban su tierra, su aire, su agua preciosa y escasa, escondida en hondos pozos, pues esta llanura de Yucatán no tiene ríos visibles, sino un panal de flujos subterráneos.

Cuidar la tierra; era su misión fundamental; eran servidores de la tierra, para eso habían nacido. Sus cuentos mágicos, sus ceremonias, sus oraciones, no tenían, me di cuenta, más propósito que mantener viva y fecunda la tierra, honrar a los antepasados que la habían, a su vez, mantenido y heredado, y pasarla en seguida, pródiga o dura, pero viva, a los descendientes.

Obligación sin fin, larga sucesión que al principio pudo parecernos tarea de hormigas, fatal y repetitiva, hasta que nos dimos cuenta de que hacer lo que hacían era su propia recompensa. Era el obsequio cotidiano que los indios, al servir a la naturaleza, se hacían a sí mismos. Vivían para sobrevivir, es cierto; pero también vivían para que el mundo continuara alimentando a sus descendientes cuando ellos muriesen. La muerte, para ellos, era el premio para la vida de sus descendientes.

Nacimiento y muerte eran por ello celebraciones parejas para estos naturales, hechos igualmente dignos de alegría y honor. Recordaré siempre la primera ceremonia fúnebre a la que asistimos, pues en ella distinguimos una celebración del principio y continuidad de todas las cosas, idéntico a lo que celebramos al nacer. La muerte, proclamaban los rostros, los gestos, los ritmos musicales, es el origen de la vida, la muerte es el primer nacimiento. Venimos de la muerte. No nacemos si antes alguien no muere por nosotros, para nosotros.

Nada poseían, todo era común; pero había guerras, rivalidades incomprendibles para nosotros, como si nuestra inocencia sólo mereciese las bondades de la paz y no las crueldades de la guerra. Guerrero, animado por su mujer, decidió unirse a las guerras entre pueblos, admitiendo que no las comprendía. Pero una vez que empleó su habilidad de armador para rechazar la expedición de Hernández de Córdoba, su voluntad y la mía, el arte de armar barcos — y el de ordenar palabras —, se juntaron y juramentaron en silencio, con una inteligencia compartida y una meta definitiva...

Poco a poco —ocho años nos tomó saberlo— reunimos Gonzalo Guerrero y yo, Jerónimo de Aguilar, la información suficiente para adivinar —jamás lo sabríamos con certeza— el destino de los pueblos mayas, la contingencia de la grandeza caída y de la miseria sobreviviente. ¿Por qué se derrumbó aquella, por qué sobrevivió ésta?

Vimos, en ocho años, la fragilidad de la tierra y nos preguntamos, hijos al cabo de agricultores castellanos y andaluces, cómo pudo sostenerse la vida de las grandes ciudades abandonadas sobre suelo tan magro y selvas tan impenetrables. Teníamos las respuestas de nuestros propios abuelos: explotad poco la riqueza de la selva, explotad bien la fragilidad del llano, cuidad de ambas. Ésta era la conducta inmemorial de los campesinos. Cuando coincidió con la de las dinastías, Yucatán vivió. Cuando las dinastías pusieron la grandeza del poder por encima de la grandeza de la vida, la delgada tierra y la tupida selva no bastaron para alimentar, tanto y tan rápidamente, las exigencias de reyes, sacerdotes, guerreros y funcionarios. Vinieron las guerras, el abandono de las tierras, la fuga a las ciudades primero, y de las ciudades después. La tierra ya no pudo mantener al poder. Cayó el poder. Permanció la tierra. Permancieron los hombres sin más poder que el de la tierra.

Permanecieron las palabras.

En sus ceremonias públicas, pero también en sus oraciones privadas, repetían incesantemente el siguiente cuento:

El mundo fue creado por dos dioses, el uno llamado Corazón de los Cielos y el otro Corazón de la Tierra. Al encontrarse, entranbos fertilizaron todas las cosas al nombrarlas. Nombraron a la tierra, y la tierra fue hecha. La creación, a medida que fue nombrada, se disolvió y multiplicó, llamándose niebla, nube o remolino de polvo. Nombradas, las montañas se dispararon desde el fondo del mar, se formaron mágicos valles y en ellos crecieron pinares y cipreses.

Los dioses se llenaron de alegría cuando dividieron las aguas y dieron nacimiento a los animales. Pero nada de esto poseía lo mismo que lo había creado, esto es, la palabra. Bruma, ocelote, pino y agua, mudos. Entonces los dioses decidieron crear los únicos seres capaces de hablar

y de nombrar a todas las cosas creadas por la palabra de los dioses.

Y así nacieron los hombres, con el propósito de mantener día con día la creación divina mediante lo mismo que dio origen a la tierra, el cielo y cuanto en ellos se halla: la palabra. Al entender estas cosas, Guerrero y yo supimos que la verdadera grandeza de este pueblo no estaba ni en sus magníficos templos ni en sus hazañas guerreras, sino en la más humilde vocación de repetir, a cada minuto, en todas las actividades de la vida, lo más grande y heroico de todo, que era la creación misma del mundo por los dioses.

Nos empeñamos desde entonces en fortalecer esta misión y en devolverle a nuestra tierra española de origen el tiempo, la belleza, el candor y la humanidad que encontramos entre estos indios... Pues la palabra era, al cabo, el poder gemelo que compartían los dioses y los hombres. Supimos que la caída de los imperios liberaba a la palabra y a los hombres de una servidumbre falsificada. Pobres, limpios, dueños de sus palabras, los mayas podían renovar sus vidas y las del mundo entero, más allá del mar...

En el lugar llamado Bahía de la Mala Pelea, allí mismo donde los concimientos de Gonzalo Guerrero permitieron a los indios derrotar a los españoles, fueron talados los bosques, serradas las planchas, fabricados los utensilios y levantados los armazones para nuestra escuadra india...

Desde mi tumba mexicana, yo animé a mi compañero, el otro español sobreviviente, para que contestase a la conquistista con la conquista; yo fracasé en mi intento de hacer fracasar a Cortés, tú, Gonzalo, no debes fracasar, haz lo que me juraste que harías, mira que te estoy observando desde mi lecho en el fondo del antiguo lago de Tenochtitlán, yo, el cincuenta y ocho veces nombrado Jerónimo de Aguilar, el hombre que fue amo transitorio de las palabras y las perdió en desigual combate con una mujer...

0

Yo vi todo esto. La caída de la gran ciudad andaluza, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego de

los lanzallamas mayas. Vi el agua quemada del Guadaluquivir y el incendio de la Torre del Oro.

Cayeron los templos, de Cádiz a Sevilla; las insignias, las torres, los trofeos. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de la Giralda, comenzamos a edificar el templo de las cuatro religiones, inscrito con el verbo de Cristo, Mahoma, Abraham y Quetzalcóatl, donde todos los poderes de la imaginación y la palabra tendrían cupo, sin excepción, durando acaso tanto como los nombres de los mil dioses de un mundo súbitamente animado por el encuentro con todo lo olvidado, prohibido, mutilado...

Cometimos algunos crímenes, es cierto. A los miembros de la Santa Inquisición les dimos una sopa de su propio chocolate, quemándoles en las plazas públicas de Logroño a Barcelona y de Oviedo a Córdoba... Sus archivos los quemamos también, junto con las leyes de pureza de la sangre y cristianismo antiguo. Viejos judíos, viejos musulmanes y ahora viejos mayas, abrazamos a cristianos viejos y nuevos, y si algunos conventos, y sus inquilinas, fueron violados, el resultado, al cabo, fue un mestizaje acrecentado, indio y español, pero también árabe y judío, que en pocos años cruzó los Pirineos y se despartamó por toda Europa... La pigmentación del viejo continente se hizo en seguida más oscura, como ya lo era la de la España levantina y árabe.

Pues derogamos los decretos de expulsión de judíos y moriscos. Aquellos regresaron con las llaves heladas de sus casas abandonadas en Toledo y Sevilla para abrir de nuevo las puertas de madera y clavar de nuevo en los roperos, con manos ardientes, el viejo canto de su amor a España, la madre cruel que los expulsó y a la que ellos, los hijos de Israel, nunca dejaron de amar a pesar de todas las crueldades... Y el regreso de los moros llenó el aire de cantos a veces profundos como un gemido sexual, a veces tan altos como la voz de la puntual adoración del Muecín. Dulces cantos mayas se unieron al de los trovadores provenzales, la flauta a la vihuela, la chirimía a la mandolina, y del mar cerca del Puerto de Santa María emergieron sirenas de todos los colores, que nos habían acompañado desde las islas del Caribe... Cuantos contribuimos a la conquista india de España, sentimos de inmediato que un universo a la vez nuevo y recuperado, permeable, complejo, fecundo, nació del contacto

entre las culturas, frustrando el fatal designio purificador de los Reyes Católicos.

No creáis, sin embargo, que el descubrimiento de España por los indios mayas fue un idilio. No pudimos frenar los atavismos religiosos de algunos de nuestros capitanes. Lo cierto, empero, es que los españoles sacrificados en los altares de Valladolid y Burgos, en las plazas de Cáceres y Jaén, tuvieron la distinción de morir ingresando a un rito cósmico y no, como pudo sucederles, por una de esas riñas callejeras tan habituales en España. O, para decirlo con símil más gastronómico, por una indigestión de cocido. Es cierto que esta razón fue mal comprendida por todos los humanistas, poetas, filósofos y erasmianos españoles, que al principio celebraron nuestra llegada, considerándola una liberación, pero que ahora se preguntaban si no habían cambiado, simplemente, la opresión de los Reyes Católicos por la de unos sanguinarios papas y caciques indios...

Mas me preguntaréis a mí, Jerónimo de Aguilar, natural de Écija, muerto de bubas al caer la Gran Tenochtitlán y que ahora acompaño como una estrella lejana a mi amigo y compañero Gonzalo Guerrero, natural de Palos, en la conquista de España, ¿cuál fue nuestra arma principal?

Y aunque primeramente cabe hablar de un ejército de dos mil mayas partidos de la Bahía de la Mala Pelea en Yucatán, al cual se añadieron escuadras de marineros caribes recogidos y adiestrados por Guerrero en Cuba, Borinquen, Caicos y el Gran Abaco, en seguida debe añadirse otra razón.

Desembarcados en Cádiz en medio del asombro más absoluto, la respuesta (ya la habeis adivinado) fue la misma que la de los indios en México, es decir, la sorpresa.

Sólo que en México, los españoles, es decir, los dioses blancos, barbados y rubios, eran esperados. Aquí, en cambio, nadie esperaba a nadie. La sorpresa fue total, pues todos los dioses ya estaban en España. Lo que pasa es que habían sido olvidados. Los indios llegaron a reanimar a los propios dioses españoles y el asombro mayor que hoy comparto con ustedes, lectores de este manuscrito que al alimón hemos pergeñado dos náufragos españoles abandonados durante ocho años en la costa de Yu-

catán, es que estáis leyendo esta memoria en la lengua española de Cortés que Marina. *La Malinche*, debió aprender, y no en la lengua maya que Marina debió olvidar o en la lengua mexicana que yo debí aprender para comunicarme a traición con el grande pero abúllico rey Moctezuma.

La razón es clara. La lengua española ya había aprendido, antes, a hablar en fenicio, griego, latín, árabe y hebreo; estaba lista para recibir, ahora, los aportes mayas y aztecas; enriquecerse con ellos, enriquecerlos, darles flexibilidad, imaginación, comunicabilidad y escritura, convirtiéndolas a todas en lenguas vivas, no lenguas de los imperios, sino de los hombres y sus encuentros, contagios, sueños, y pesadillas también.

Quizás el propio Hernán Cortés lo supo, y por eso se hizo el disimulado el día que nos descubrió a Guerrero y a mí viviendo entre los mayas, entiznados y trasquilados; yo con un remo al hombro, una cota de vieja calzada y la otra atada a la cintura, y una manta muy ruin, y un braguero peor; y Guerrero con la cara labrada y horadadas las orejas... Quizás, como si adivinara su propio destino, el capitán español dejó a Guerrero entre los indios para que un día acometiese esta empresa, réplica de la suya, y conquistara a España con el mismo ánimo que él conquistó a México, que era el de traer otra civilización a una que consideraba admirable pero manchada por excesos, aquí y allá: sacrificio y guerra, opresión y represión, la humanidad sacrificada siempre al poder de los fuertes y al pretexto de los dioses... Sacrificado el propio Hernán Cortés al juego de la ambición política, necesariamente reducido a la impotencia para que ningún conquistador soñara con colocarse por encima del poder de la Corona y humillado por los mediocres, sofocado por la burocracia, recompensado con dinero y títulos cuando su ambición había sido exterrinada, ¿tuvo Hernán Cortés la brillante intuición de que, perdonado, Gonzalo Guerrero, regresaría con una armada maya y caribe a vengarlo a él en su propia tierra?

No lo sé. Porque el propio Hernán Cortés, con toda su maliciosa inteligencia, careció siempre de la imaginación mágica que fue, por un lado, la flaqueza del mundo indígena, pero, por el otro, puede ser un día su fuerza: su aporte para el futuro, su resurrección...

Digo esto porque, acompañando con mi alma a Gonzalo Guerrero, de la Bahama a Cádiz, yo mismo me convertí en estrella a fin de poder

hacer el viaje. Mi luz antigua (toda estrella luminosa. Lo sé ahora, es estrella muerta) es sólo la de las preguntas.

¿Qué habría pasado si lo que sucedió, no sucede?

¿Qué habría pasado si lo que no sucedió, sucede?

Hablo y pregunto desde la muerte, porque sospecho que mi amigo el otro náufrago, Gonzalo Guerrero, está demasiado ocupado combatiendo y conquistando. No tiene tiempo de narrar. Es más: se niega a narrar. Tiene que actuar, decidir, ordenar, castigar... En cambio, desde la muerte, yo tengo todo el tiempo del mundo para narrar. Incluso (sobre todo) las hazañas de mi amigo Guerrero en esta gran empresa de la conquista de España.

Temo por él y por la acción que con tanto éxito ha acometido. Me pregunto si un evento que no es narrado, ocurre en realidad. Pues lo que no se inventa, sólo se consigna. Algo más: una catástrofe (y toda guerra lo es) sólo es disputada si es narrada. La narración la sobrepasa. La narración disputa el orden de las cosas. El silencio lo confirma.

Por ello, al narrar, por fuerza me pregunto donde está el orden, la moral, la ley de todo esto.

No sé. Y tampoco lo sabe mi hermano Guerrero porque le he contado un doloroso sueño. Se acuesta en su nueva sede, que es el Alcázar de Sevilla, y sus noches son inquietas; las atraviesa como un fantasma la mirada dolorosa del último rey azteca, Guatemuz. Una nube de sangre le cubre los ojos. Cuando siente que se le empaña la mirada, baja los párpados. Uno es de oro, el otro de plata.

Cuando despierta, llorando por la suerte de la nación azteca, se da cuenta de que en vez de lágrimas, por una mejilla le rueda el oro y por la otra la plata, surrándolas como cuchilladas y dejando para siempre en ellas una herida que, ojalá, la muerte cicatrice un día.

Esta es, ya lo sé, una incertidumbre. En cambio, mi única certeza, ya lo veis, es que la lengua y las palabras triunfaron en las dos orillas. Lo sé porque la forma de este relato, que es una cuenta al revés, ha sido idéntica demasiadas veces con explosiones mortales, vencimientos de un contendiente, u ocurrencias apocalípticas. Me gusta emplearla hoy, partiendo de diez para llegar a cero, a fin de indicar, en vez, un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas, pero sólo a condición de

que las presida, como en el cuento maya de los Dioses de los Cielos y de la Tierra, la palabra.

Esa es quizás la verdadera estrella que cruza el mar y hermana a las dos orillas. Los españoles, debo aclararlo a tiempo, no lo entendieron al principio. Cuando llegué a Sevilla montado en mi estrella verbal, confundieron su fugacidad y su luz con la de un pájaro terrible, suma de todas las aves de presa que vuelan en la oscuridad más profunda, pero me nos aterradora por su vuelo que por su *atterizaje*, su capacidad de arrastrarse por la tierra con la mercuria destrucción de un veneno: buitre de las alturas, serpiente del suelo, este ser mitológico que voló sobre Sevilla y se arrastró por Extremadura, cegó a los santos y sedujo a los demonios de España, a todos espantó con su novedad y fue, como los caballos españoles en México, invencible.

Transformada en monstruo, esta bestia, sin embargo, era sólo una palabra. Y la palabra se despliega, en el aire de escamas, en la tierra de plumas, como una sola pregunta:

¿Cuánto faltará para que llegue el presente?

Gemela de Dios, gemela del hombre: sobre la laguna de México, cabe el río de Sevilla, se abren al mismo tiempo los párpados del sol y los de la luna. Nuestros rostros están rayados por el fuego, pero al mismo tiempo nuestras lenguas están surcadas por la memoria y el deseo. Las palabras viven en las dos orillas. Y no cicatrizan.

#### *El narario*

#### *El mestizaje*

#### LA MALINCHE

Oh sal ya, hijo mío, sal, sal, sal entre mis piernas... Sal, hijo de la traición... sal, hijo de puta... sal, hijo de la chingada... adorado hijo mío, sal ya... cae sobre la tierra que ya no es mía ni de tu padre, sino tuya... sal, hijo de las dos sangres enemigas... sal, mi hijo, a recobrar tu tierra maldita, fundada sobre el crimen permanente y los sueños fugitivos... ve si puedes recuperar tu tierra y tus sueños, hijo mío, blanco y moreno; ve si puedes lavar toda la sangre de las pirámides y de las espadas y de las cruces manchadas que son como los terribles y ávidos dedos de tu tierra... sal a tu tierra, hijo de la madrugada, sal lleno de rencor y miedo, sal lleno de burla y engaño y falsa sumisión... sal, mi hijo, sal a odiar a tu padre y a insultar a tu madre... Habla quedo, hijo mío, como conviene a un esclavo; inclínate, sirve, padece y ármate de un secreto odio para el día de tu venganza; entonces, sal de la entraña de la tierra miserable y opulenta que heredaste, como ahora sales de mi vientre, y habla fuerte, pisa fuerte en el suelo de plata y polvo, canta, cabalga, hijo mío, en los corceles de tu padre; quemá las casas de tu padre como él quemó las de tus abuelos, clava a tu padre contra los muros de México como él clavó a su dios contra la cruz, mata a tu padre con sus propias armas: mata, mata, hijo de puta, para que no te vuelvan a matar a ti; hay demasiados hombres blancos en el mundo. Y todos quieren lo mismo: la sangre, el trabajo y el culo de los hombres oscurecidos por el sol; vendrá oleada tras oleada de horn-

bres blancos a adueñarse de nuestra tierra; contra todos deberás luchar y tu lucha será triste porque pelearás contra una parte de tu propia sangre. Tu padre nunca te reconocerá, hijito prieto; nunca verá en ti a su hijo, sino a su esclavo; tú tendrás que hacerte reconocer en la orfandad sin más apoyo que las manos de espina de tu chingada madre. Emborráchate, hijo de la tristeza, fornica, canta, baila, vístete con los colores de la tierra, huérfanito hijo de tierra, para que la tierra rescuite en el barro de tu cuerpo hambriento: haz de nuestra tierra una gran fiesta secreta, subterránea, invisible... una fiesta: no tendrás otra comunión en tu soledad, ni otra riqueza en tu miseria, ni otra voz en tu silencio, que la comunión, la riqueza y las voces de la muerte y el sueño, de la insurrección y el amor; sueño, amor, insurrección y muerte serán todo lo mismo para ti; te rebelarás para amar y amarás para soñar y soñarás para morir. Te será muy fácil morir; un poco menos fácil, soñar; difícil, rebelarte; difícilísimo, amar. Deféndete, hijito mío; embárrate bien de tierra el cuerpo, hasta que la tierra sea tu máscara y los señores no puedan distinguir, detrás de ella, ni tus sueños, ni tu amor, ni tu rebelión, ni tu muerte; cúbrete de polvo, mi hijo, para que aun muerto parezca que sigues vivo y te teman, pícaro, ratero, borracho, estuprador, rebelde armado de cohetes y navajas y aullidos y colores, amenazante hasta en tu sometimiento terco y mudo. Sabrás esperar, esperar como nuestros ancestros esperaron la llegada de la serpiente con plumas, el dios que huyó espantado de su propio rostro para que tu propio rostro espantable, hijo mío, apareciera un día con los rasgos de la niebla y el jade, con la máscara del polvo y del llanto; algún día, hijo mío, tu espera será recompensada y el dios del bien y la felicidad reaparecerá detrás de una iglesia o de una pirámide en el espejismo de la vasta meseta mexicana; pero sólo regresará si desde ahora te preparas para reencarnarlo tú, tú mismo, mi hijito de la chingada; tú deberás ser la serpiente emplumada, la tierra con alas, el ave de barro, el cabrón y encajonado hijo de México y España: tú eres mi única herencia, la herencia de Malintzin, la diosa, de Marina, la puta, de Malinche, la madre...

*Todos los gatos son pardos*

## *La Colonia*

### LOS DOS MARTINES

Y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganamos la Nueva España, y dicen que son maldiciones que le echaron.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO  
*Verdadera historia  
de la Conquista de la Nueva España*

### MARTIN II

Doce hijos tuvo mi padre, el conquistador de México, Hernán Cortés. De las más jóvenes a los más viejos, hay tres muchachas hijas de su última esposa, la española Juana de Zúñiga: María, Catalina y Juana, un ramillete mexicano de niñas agraciadas que nacieron tarde y no tuvieron que cargar con el daño de su padre, sino sólo con su gloriosa memoria. También de la Zúñiga nació mi hermano Martín Cortés, nombrado como yo y con quien compartí no sólo el nombre, sino la suerte. Y dos infantes muertos al nacer, Luis y Catalina.

Mucha carne abarcó nuestro padre, tanta como tierra conquistó. Al rey vencido, Moctezuma, le arrebató una hija preferida, Ixcaxóchitl, «Flor de Algodón», y con ella tuvo su propia hija, Leonor Cortés. Con una